Mundo Argentino



10 CENTAVOS EN TODA LA REPUBLICA

BELLEZAS DEL CINE: GRETA NISSEN DE LA PARAMOUNT

La caza y la pesca en Europa



HA ALCANZADO UN GRAN DESARROLLO la cultura del salmón en Irlanda. Aquí se ve a uno de los cuidadores, en el río Mourne, extrayendo los huevos de un salmón para su trasplante. Cada pez da unos seis mil huevos



DESPUÉS DE DEJARLOS estar por unos veinticinco minutos, los huevos son lavados y puestos en latas para ser llevados a los lugares incubación



ASÍ SE PESCA EL SALMÓN PARA DESOVARLO. Como se sabe, esa clase de peces nadan contra la corriente, remontando, en muchos casos, pendientes muy inclinadas





DESDE HACE SIGLOS SE CAZAN AVES EN LINCOLNSHIRE (Inglaterra), usando un procedimiento primitivo, que consiste en un gran fusil colocado a manera de cañón en una canoa. Para apuntar es necesario mover toda la canoa, pero el perdigonazo es tan abierto y abundante, que son muchas las piezas de caza que se cobran de un solo tiro

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 254
U. T. 63, Almagro, 1120 y 1121
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos y Subscripciones:
AV. DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. T. 33, Avenida, 1472
BUENOS AIRES



LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

ANUNCIOS DEL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas. Representante en los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times Building, Nueva York.

AÑO XVI — BUENOS AIRES, MARZO 3 DE 1926 — NÚM. 789

Notas de la semana

Refugiados rusos para colonizar la Argentina

Desde hace mucho tiempo instituciones oficiales y privadas están tratando por todos los medios de inducir al gobierno argentino a prestar su apoyo en favor de los llamados refugiados rusos. Tal apoyo significaría dar toda clase de facilidades para que los dichos refugiados se instalasen como colonos en tierra argentina.

Como nuestros gobiernos tienen por costumbre hacer las cosas a base de simple sentimentalismo, no sería extraño que a los hombres que ahora tienen en sus manos los destinos del país se les ocurriera que es muy humano, muy caritativo y muy lindo para darse corte ante la Liga de las Naciones traer a la Argentina a veinte o treinta mil refugiados rusos.

Creemos que tal cosa sería una enormidad. El señor Lawford Childs, delegado de la Oficina Internacional del Trabajo que actualmente se encuentra en Buenos Aires tramitando este asunto, ha llegado a nuestras playas lleno de un sano y admirable optimismo. Cree este caballero que, en la Argentina existe, en verdad, una organización que permitiría la colonización en gran escala, y que los pobres refugiados rusos encontrarían aquí patria, libertad y tierras.

Mr. Lawford Childs se equivoca. La Argentina no está preparada para acoger ni a media docena de rusos que vengan sin conocer las costumbres, ni la lengua, y sin un centavo. Colonización en gran escala cuando los actuales colonos, de veinte o más años de residencia en el país, y con hijos argentinos, se mueren poco menos que de hambre, sería realmente inhumano.

La Argentina necesita, antes que pensar en traer a miles de refugiados rusos, hacer que la situación de sus agricultores sea menos ahogada. Necesita proteger a los que ya tiene en casa, brindarles mayores facilidades, ayudarlos, no simplemente a comprar la semilla, sino a ser dueños de la tierra que han venido acariciando con el arado y regando con su sudor. Cuando los hombres que ya se han sacrificado por esta patria nuestra estarán tranquilos y contentos, pensaremos entonces en refugiados rusos. La Argentina siempre ha tenido sus brazos de madre joven y ubérrima abiertos a los afanes y a los dolores de todos los hombres de la tierra, pero convengamos que la caridad bien entendida... ¡empieza por casa!

Carnavales cultos, pero aburridos

Ya en su oportunidad admitimos que las fiestas de Carnaval resultan mucho más cultas en 1926 que en 1906, vale decir: que nuestras masas populares han adquirido un mayor respeto por la integridad física y moral del prójimo; pero debemos reconocer que, si bien nuestras fiestas populares, tales como las de Carnaval, han aumentado en cultura, también se han magnificado en aburrimiento.

La culpa de que en Buenos Aires se celebre la llamada fiesta de la alegría, de la risa y de la broma, triste, seria y solemnemente, se debe, con exclusión de factores psicológicos, a la rutinaria organización de nuestros corsos. Las gentes a cuyo cargo está el programa oficial de las fiestas lo hacen con tal ingenio que, desde hace años, se limitan, con un espíritu tradicionalista admirable, a colgar lucecitas de colores y telas con monigotes pintados de los postes de luz eléctrica de la avenida de Mayo, y a la colocación de los palcos en el medio de la misma y... paremos de contar.

Para una organización tan poco complicada, no hacía falta, en verdad, comisión alguna. La Municipalidad es la primera en darse cuenta de ello, y es, también, la primera en reincidir en las mismas ingenuidades: luces, monigotes pintados y palcos con guirnaldas de eucalipto, planta de indiscutibles dotes medicinales, pero de un incógnito valor decorativo.

Y pensar que con observar un poquito lo que hacen nuestros vecinos en Montevideo, acaso se podría cambiar el disco...

Intervenciones capciosas a los colegios nacionales

Hay dos reparticiones públicas que, desde hace algún tiempo, andan como vulgarmente se dice "con el paso cambiado", es decir, no saben, o saben muy poco lo que hacen: la policía de investigaciones y la inspección general de instrucción pública. La primera se ha dado, para acallar las protestas y apaciguar la ansiedad públicas, a inventar delincuentes, y la segunda a imaginar irregularidades, tales las detenciones últimamente efectuadas por nuestra policía, y las intervenciones recientemente realizadas por la inspección citada.

Entre estas últimas la que más debe avergonzar a nuestro ministerio de Insarucción Pública es la efectuada en el colegio nacional Bernardino Rivadavia. Después de un mes de inútiles investigaciones, de capciosas compulsas de libros e interrogatorios suspicaces, se ha descubierto que las denuncias en que se fundó dicha intervención eran vagas, falsas e intencionadas.

¿En manos de quién está nuestra inspección general de instrucción pública que con tanta frecuencia comete tales desatinos? Obra de buen gobierno, en un país joven, democrático y estudioso como el nuestro sería la de velar por que los prestigios de la instrucción pública conservaran su brillo y no empalidecieran con procedimientos arbitrarios, impulsados acaso por simples pasiones demasiado personales para mezclarlas en asuntos tan serios.

Calles de una sola mano

La resolución últimamente tomada por la dirección general de tráfico, de hacer observar y respetar a toda clase de vehículos la dirección en que se mueve el tráfico, aun en aquellas calles excéntricas, ha venido a complicar un poco más ese problema de tan difícil solución. Es evidente que con el correr del tiempo los conductores de toda clase de vehículos se familiarizarán con la llamada "mano" de todas las calles de nuestra ciudad, pero mientras tanto son muchas las contravenciones que inocentemente se producen.

Sin embargo, existe un medio de indiscutible eficacia para hacer más fácil la tarea de los agentes del tráfico o de la policía y para simplificar la labor de cocheros, carreros y "chauffeurs", y consiste en volver a adoptar en Buenos Aires un sistema de flechas indicadoras de la dirección que sigue el tráfico en las calles. Tal método se ensayó con excelentes resultados en esta ciudad, hace bastantes años, cuando a los conductores de vehículos se les dió, por primera vez, una reglamentación pública y general. Pero, no sabemos por qué causa, esas flechas, que aparecían pintadas debajo de los letreros con el nombre de las calles, si bien no fueron oficialmente suprimidas, se permitió, con una desidia condenable, que la intemperie las borrase.

Vale la pena que la citada Dirección estudie este asunto. Una señal clara y visible, indicadora de la "mano" será útil, no sólo para que los conductores puedan rápidamente maniobrar sus vehículos, sino que les permitiría conocer más a fondo el movimiento del tráfico de esta ciudad.

Un valiente en grado heroico

A la redacción de un colega vespertino debió recurrir un sargento de ciento un años de edad, don Pedro Rodríguez Reibot, para quejarse del sargento Vallejo, del Regimiento 1º de infantería, segunda compañía quien "de un cachetazo dió contra el suelo al veterano, delante de toda la compañía".

¿Quién no conoce al sargento Rodríguez Reibot? Toda la muchachada que ha cumplido su servicio militar en el regimiento 1º o en el 2º recuerda con cariño al viejo soldado que día a día se acerca a compartir con los nuevos soldados el *rancho patria*. Su miseria de guerrero del Paraguay (auténtico), y de "conquistador del Desierto" se alivia con la *tumba* cuartelera; sus nostalgias de vivac se suavizan frente a las nuevas generaciones que adiestran sus músculos para aprender a defender la patria. Es, el viejo Rodríguez Reibot, una verdadera reliquia de nuestro pasado, cien años de historia argentina vividos *desde abajo*.

¿Por qué pegó el sargento Vallejo al sargento Rodríguez Reibot? Es necesario y urgente que las autoridades militares lo averigüen. No es posible permitir que nadie — sean cuales fueren las causas que en su defensa alegue — ponga su mano sobre la cara de un veterano que a los ciento un años de edad se ve obligado a recurrir al *rancho* de un cuartel para alimentarse, cuando tantas señoras ricas pagan a su servidumbre doméstica con la pensión que el gobierno les pasa en retribución de servicios prestados al país por sus bisabuelos.

Cuadritos porteños

Amigas en el tren

Por **Juan M. Prieto** Dibujo de Biondini

SUBA, doña Gertrudis.

— Primero usté, doña Rosario... ¡Pronto!... Vea que han tocado la campana. ¡Ah, no, esperesé; es de segunda el coche. La mujer de un jefe de estación equivocándose. ¡Es gracioso! Los de primera están más adelante.

— Tiene razón; corramos.

— Subamos, doña Gertrudis.

— Sí, subamos... ¡Ah, qué repugnantes son estos cohes 'e segunda! Parecen gallineros, por lo sucio... Apure el paso, doña Rosario. ¡Uff! ¡Me ahogo!

— A mí me da "nuseas"... ¡Qué humareda 'e tabaco ordinario!

— Como que no son pocos los que fuman en cachimbo. Mire aquellos italianos.

— Deberían prohibir que se fumase en pito.

— De primera no es así... Allí da gusto... Hay gente chi... Cuidado al pasar... Agárrese bien... Así... Ya está.

m'hijo!... Que si aquello era una vergüenza... Que si la señora de un jefe d'estación debe tener más dinidá y no darle corte a esa chusma, que por comprarme se venía con regalitos..., ¡y qué sé yo las cosas que me dijo! Tanto, que tuve que devolverle el obsequio.

— ¿Y la garitera se enojó?

— No sé si tiró los güevos a la vía, o se los regaló al peón de encomienda con quien se los mandé de vuelta, d'eso no estoy segura; pero a propósito, ya que ha llegao la conversación. Ayer tarde he visto a su hija la menor hablando con él.

— ¿Con el peón d'encomienda? ¡M'estraña!

— Sí, señora, y le aseguro que me produjo el efecto de un vagón de carga arrimao a un coche pullman.

— ¡No puedo creerlo! Disculpeme, doña Gertrudis... Pero m'hija ha de tener un gusto más delicado... Pa mi qu'ella va todas las tardes a la estación, y per-



— ¿OFENDIDA? NO. TOMAMOS LAS PALABRAS COMO DE QUIEN VIENEN..

— Cuidado usté.

— No se preocupe.

— ¡Gracias a Dios que estamos entre gente!... Acá hay un asiento.

— ¿Le gustr el lado 'e la ventanilla?

— M'es indiferente, doña Gertrudis. Pero si usté quiere; no es que me agrade mucho, porque parece que una lo hiciera por eshibición, ¿no?... Y como a una la conoce tanta gente, a lo mejor...

— Se comprende.

— Yo no me doy con nadie. Apenas si me trato con lo más decentito.

— Hace bien.

— Pero la gente confunde máquina con furgón 'e cola y creen que porque una es mujer 'e maquinista tiene orgullo; cuando lo que hay es que cada una debe ocupar el lugar que le corresponde...

— Lo que yo digo siempre.

— Imaginesé que me relacionase con cuanto perro y gato hay en la vecindá. ¡Estaría fresca! Y después que mis hijas, que ya son señoritas, no quieren trato con gente que no sea 'e nuestra condición social, que si no es muy alta, tampoco es tan baja como pa que nos rocemos con cualquier carbonero, que es como una mancha de hollín en traje de casamiento...

— Lo mismo dice m'hijo; usté sabe qu'está estudiando pa dotor... ¿Eh?... Bien... El otro día me paró la mujer d'el garitero pa regalarme una docena 'e güevos. ¡Y hubiera visto cómo se puso

done la franquesa, pa hablar con su hijo, que a la postre tiene siquiera una carrera...

— M'hijo apunta más alto, señora, y disculpe que...

— ¿Qué?

— No ponga esa cara, doña Rosario. ¿Se ha ofendido?

— ¿Ofendida? No. Tomo las palabras como de quien vienen.

— Y yo no le hago caso, porque veo que se resintió.

— ¿Resentida?... ¿Desde cuándo?... ¿Qué más se quisiera él!

— ¡Qué más se quisiera ella, diga!

— Mi hija no tiene cola para ese enganche; estoy segura que prefiere morir sola en un desvío que acoplada a un tren de número. ¡Está hecha pa especiales, doña Gertrudis!

— Eso podría decirlo yo; p'algo m'hijo va a ser dotor, y además es descendiente d'empleados...

— ...¡De pompas fúnebres!... Suerte que ya yegamos a Lanús y voy a bajarme, que de no le diría, que si m'hija no es de sangre azul, poco le falta, porqu'el padre ha corrido el tren del príncipe y el abuelo en Uropa corrió el de los reyes'e Bélgica, y el tatarabuelo...

— ¡Sí, ya lo sé, doña Rosario. Llevó en la máquina a los reyes d'España, pero en figura. ¿Verdá? ¡Porque era una maquinita de manisero!

Cosas provincianas que se desconocen en la capital federal

Por **Protasio Lucero**

CUÁNTAS cosas provincianas se desconocen o se olvidan en la capital federal? ¡Muchas! Se responderá a esa pregunta, inmediatamente, que en la capital vivimos una existencia rápida y atormentada y que bien poco tiempo nos resta para preocuparnos por asuntos lejanos. Es posible. No queremos discutir con los hombres de la capital su derecho a olvidar o desconocer las cosas de provincias. Para eso viven aquí, entre nosotros, unos cuantos miles de provincianos, y a ellos les toca. Sin embargo, convengamos en que no es esa la postura más conveniente.

Los provincianos radicados aquí olvidan también a sus provincias con demasiada facilidad. Sólo se acuerdan de ellas sentimentalmente. Abrigan por el terruño lejano un cariño romántico. Y no es eso, seguramente, lo necesario. Bien está el afecto por la distante patria chica, y el recuerdo melancólico por sus paisajes, sus mujeres y sus frutas. Es cosa de antiguo averiguada, que para cada cual lo más hermoso está en el lugar donde se meció la cuna y en el tiempo que ya pasó. No nos referimos a eso. Queremos referirnos al olvido en que los porteños tienen a las provincias, ayudados por los mismos provincianos radicados definitivamente en la capital federal; al olvido por las cosas bellas y útiles que debiéramos conocer y utilizar para bien de todos.

En todo el Norte, por ejemplo, se teje "barracán". El barracán es un grueso género de lana de oveja, tejido primorosamente a pesar de ser la mayoría de los telares completamente primitivos, que puede competir con los mejores géneros ingleses.

Hilado y tejido por mano de tejedoras lugareñas, teñido con tintes naturales, sin composición química alguna, el barracán se ofrece en una gran cantidad de "gustos", a rayas diversas, a cuadros, a cuadritos... Los cortes, justamente calculados para un terno o para un gabán holgado, véndense sin lavar ni batanear; pero aquí en Buenos Aires pueden batanearse los tales cortes a un precio ínfimo, quedando en tal forma presentables, que algunos sastres entendidos los confundieron con géneros europeos de muy buena calidad y, desde luego, "de pura lana".

Pues bien: ¿qué porteño aprovecha del barracán para vestirse? ¡Ninguno!

¿Cuántos provincianos radicados entre nosotros visten de barracán durante la temporada de los fríos?

Bien poquitos. Uno que conocimos usaba un sobretodo de barracán, pero tenía buen cuidado de advertir, en cuanto se lo miraban mucho, que se trataba de un género más inglés que Jorge V...

¡Hasta se avergonzaba el hombre de vestir un género fabricado en su provincia y adquirido directamente a sus tejedoras por un precio irrisorio!

No obstante, y nos parece completamente inútil el decirlo, aquel provinciano que se avergonzaba de su sobretodo de barracán, era, y debe seguir siéndolo, un buen ciudadano, amante de su patria, defensor — hasta ahoro teórico — de sus instituciones, conocedor de su historia y admirador de su progreso, pero... ¡a condición de hacer creer que no llevaba encima del cuerpo nada más que productos extranjeros "legítimos".

(¡De estos argentinos se encuentran a miles, y cada lector conoce por lo menos a uno!)

Los que han comprendido y aprovechan del barracán son los turcos. En el norte argentino abundan, y ciudades y pueblos enteros han sido ocupados por ellos y sus familias. Uno de ellos es Humahuaca, en Jujuy.

Los turcos han valorado perfectamente los cortes de barracán (como tantas otras cosas), y adquieren cuantos encuentran al bajo precio de costumbre. Las tejedoras, cuando sienten apremiantes necesidades de dinero buscan a un turco y le entregan un corte de barracán de pura lana por seis o por ocho pesos. Y buscan al turco, ¡claro!, porque ya saben ellas que son los turcos los únicos que poseen siempre a mano los seis u ocho pesos indispensables para adquirir el corte que luego venderán en sus tiendas por veinte pesos a los habitantes del lugar, y por treinta y cuarenta si aparece un forastero que se interesa...

Tan excelente es el negocio, que los turcos salen en comisión para encargar cortes de barracán a las tejedoras más distantes y olvidadas, y en las "ferias" acaparan de tal manera el artículo, que ya se hace difícil hallar quien los venda si no son ellos...

Igual método de acaparamiento y de multiplicación exageradísima de los precios ponen en práctica los bolicheros con diversos productos locales, y, especialmente todos los que componen las tejedurías: ponchos, matras, alforjas, alfombras... Y la verdad verdadera, resultante de este estado de cosas es ésta: ya nadie quiere tejer porque no se gana nada; la industria decae y habrá que sostenerla, si se sostiene, artificialmente y por cuenta del Estado, mientras los turcos se adueñan de pueblos enteros con las ganancias extraídas de esos pueblos mismos...

EN ese mismo Norte de que hablamos, y para no cambiar de lugar en la rebusca de ejemplos, fueron famosos, desde la época de la Colonia, sus tabacos y sus cueros.

La suela salteña no tuvo rival en ninguna otra región del país. Las curtidurías fueron siempre muchas. Actualmente no llegan a la docena, y llevan una vida lánguida...

El tabaco salteño no fué en sus tiempos menos famoso y buscado que la suela. La industria está ahora en plena decadencia y lleva camino de extinguirse definitivamente, como ya ocurrió en Tucumán. Los cosechadores de tabaco que no pudieron durante varios años vender su cosecha o fundieron su capital en el negocio, convertido ya en desastre (la competencia extranjera, los gobiernos imprevisores, el recargo de impuestos, los fletes ferroviarios, etc.), reciben, sin embargo, periódicamente, folletos impresos y distribuídos por no sabemos qué repartición nacional, empeñada en acomodar las cosas desacomodadas con discursos traducidos del inglés, sin tener para nada en cuenta las necesidades del territorio y las duras lecciones de la experiencia..., duras, pero excelentes cuando se saben aprovechar y el hijo no echa en saco roto las lecciones que al padre le fué dando la vida...

Pero, ¡cómo van a acertar con el remedio para esos males los médicos improvisados que, desde el gobierno y desde la capital (la mayor parte provincianos de origen, ¡parece mentira!), recetan y más recetan, sin enterarse de las necesidades urgentes y de las probabilidades con que cuenta cada provincia o territorio.

VOLVAMOS ahora al principio: ¿Cuántas cosas provincianas se ignoran o se olvidan en la capital? Muchísimas.

Bástenos por hoy, para ejemplarizar el tema, las citas hechas de suelas, tabacos y tejidos. Los habitantes de la capital federal, nativos y extranjeros, viven en una completa y lamentable despreocupación respecto a las provincias lejanas, y los mismos provincianos, al venir a Buenos Aires, se contagian y se convierten también en despreocupados como si desconocieran los problemas planteado en su terruño.

Nos pasamos la vida mirando a Europa. Y lo necesario es mirar a las provincias. Colectivamente resultamos la dueña de casa que pierde los días observando la vida que hace el vecino, sin ocuparse de la vida que lleva en la casa propia...

El anónimo

Por Pablo R. Iturralde

Dibujo de Biondini

Cuando una mujer ama, todo le perdona al hombre que quiere, aun aquellas faltas que pueden herir su orgullo. Por eso el héroe de este cuento somete a una prueba decisiva a la que va a ser su esposa, prueba audaz y peligrosa que puede, en ciertos seres, matar de un golpe todas las ilusiones, pero que en este caso une más estrechamente los corazones.

MARILENA rasgó el sobre, sacó el pliego de papel que contenía, y, con una gran despreocupación por lo que aquella carta pudiera decirle, comenzó su lectura.

Tuvo que leerla dos o tres veces. Sus ojos claros, de mirar sereno, inundados de sorpresa, no daban crdito a lo que leían. Sin firma, sin nada que dejara adivinar su procedencia, la carta decía lo siguiente:

"Señorita: usted que está cercana a colmar lo que seguramente cree su felicidad, y confía en ella con una fe ciega; usted, que borda sus ilusiones y abriga quién sabe qué extraordinarias esperanzas, seguramente no querrá creer a quien de esta manera le escribe para ampararla y librarla de la pícara traición con que su novio va a poner en jaque la delicadeza de sus sentimientos de mujer; pero si usted consigue librarse de la repugnancia que este anónimo pueda ocasionarle, y si su fe de mujer enamorada no teme una añagaza cobarde, le manifestaré los pormenores de la traición con que su futuro esposo la sacrifica, en aras de sus propias pasiones. Considere que quien le escribe no puede ser más que un amigo desinteresado que vela por su propia felicidad.

"Juan Ledesma, su prometido, no ha tenido escrúpulo alguno en solicitar a usted en matrimonio, y usted, cegada por el cariño que profesaba a ese muchacho, compañero de la infancia, no ha titubeado en corresponderle, sacrificándose, tal vez, inútilmente. Él ha mantenido relaciones íntimas con una mujer de quien ha tenido un hijo, y recuerde usted que ese hijo de esa mujer vendrá un día a pedir a su legítimo padre derechos que le corresponden, y que tendrá que sacrificar en detrimento de los hijos de su matrimonio. Si usted no quiere creer lo que un buen amigo le manifiesta, libre del interés que pudiera suponérsele, le estimaré averigüe por sus propios medios."

Para Marilena el golpe no podía ser más terrible. Estaba a un mes, más o menos, de la fecha de su casamiento, y aquella carta venía a abrirle un abismo ante el paso que iba a dar, acaso el único que tenía importancia en toda su vida.

Su falta de experiencia la colocaba en un plano demasiado inclinado para que ella pudiera decidirse a marchar por él, y sus prejuicios de mujer joven la inclinaban a que rompiera rápidamente con aquel que mañana iba a ser el padre de sus propios hijos y a quien el hijo de una mujer, para ella desconocida, vendría a reclamar derechos que, legítimamente, le correspondían. Por otra parte, estaban sus sentimientos, aquel cariño que profesaba a aquel hombre que había despertado en ella sentimientos extraordinarios que no conocía, y comprendía que una ruptura semejante podría ocasionarle serios disgustos para su felicidad futura, ya que ella había puesto en el cariño de Ledesma toda su fe de mujer y había alimentado sus esperanzas al calor de aquella ilusión.

Comprendía que el rompimiento a que aquella carta iba a dar lugar fuera algo inevitable, ya que su orgullo no le iba a permitir, seguramente, que sus sentimientos del alma se sobrepusieran a los sentimientos del corazón, y luchaba contra aquella idea que la obsesionaba y que estallaba en su corazón en un sentimiento poderoso que rompía los diques de su voluntad.

En las mujeres, el amor tiene la misma intensidad del odio. Aman u odian, indistintamente, pero con la misma fuerza. Entre esos dos sentimientos tan oppuestos no caben términos medios. Y Marilena amaba a su prometido con la misma intensidad con que hubiera podido odiarlo.

Decidida a aclarar aquella situación, corrió al teléfono. Pidió número y habló con Ledesma. Le citó para entrevistarse inmediatamente, a lo que aquél no opuso reparo. Estaba demasiado enamorado de aquella mujercita para que pudiera anteponer sus conveniencias particulares a su cariño.

Cuando llegó, halló a Marilena sumida en profunda meditación. Ella le recibió con un gesto de fría indiferencia que sorprendió a Ledesma. Le indicó una silla, separada de ella, para que se sentara. Él obedeció. No salía de su asombro ante aquella rareza inusitada de su prometida. Quiso hablar. Ella, seria, dispuesta a saber la verdad, se lo impidió. Hasta que decidida a romper aquel silencio grave que pesaba sobre ellos como una lápida, Marilena extrajo de su seno la carta que había recibido momentos antes, y, extendiéndola a Ledesma, le dijo:

—Lea usted; si después de leer esto es capaz de negar, es usted un perfecto sinvergüenza.

Él la miró por un instante. Sacó del sobre la hoja de papel en que se le acusaba, y leyó. A medida que sus ojos avanzaban en la lectura, su rostro íbase descongestionando. Sufría alternativas de colores que en el espíritu de Marilena eran la confirmación de lo que el anónimo manifestaba.

Cuando Ledesma hubo terminado la lectura de la carta, se puso de pie, extendió el sobre a su prometida, y con la tranquila indiferencia con que son tomadas las cosas más insignificantes, dijo:

—No me extraña que le hayan comunicado a usted este desliz de mi vida. Esto que le manifiestan es perfectamente cierto; no tengo por qué negarlo.

Ahora fué Marilena la que cambió de color; le sorprendía la franqueza de aquel hombre. Él continuó:

—Supongo que después de esto querrá usted romper conmigo. Lo considero lógico. Defiende usted los derechos de su felicidad; es lo menos que puede hacer una mujer en el trance en que esta carta miserable la ha colocado a usted. Pero debo manifestarle que nunca tuve el propósito de casarme con usted sin antes manifestarle lo que esta carta le dice. Se han anticipado a mis propósitos. Paciencia; no me queda más remedio que reconocer mi falta.

Marilena le dejaba hablar, admirada de la sangre fría de su novio, que no tenía inconvenientes en aseverar lo que otro hombre, seguramente, habría negado.

La simpatía que por un momento había dejado de existir en su corazón, comenzó a renacer de nuevo, al igual de las pobres plantas que el cierzo del invierno quema y que el calor reconfortante de la primavera reverdece.



—Querida: nunca hubiera creído que fueras capaz de sacrificarte tan generosamente por mí.

—Continúe usted.

—Imagine que su llamamiento obedecía a algo más importante que los fútiles motivos que, hasta ayer, nos ponían en contacto. Fué usted demasiado enérgica para que yo pudiera creer que se trataba de un llamado como los que, generalmente, acostumbraba hacer usted. Para empezar, a mi llegada, tratóme con la indiferencia con que se recibe a cualquiera, menos a un novio, y comprendo que tenga razón. Pero si me permite una pregunta, le estimaría me dijera si usted ha tomado en serio lo que esta carta le dice.

—¿Cómo no he de tomarlo cuando usted mismo lo asegura?

—Entonces le diré. Efectivamente, yo tengo un hijo. Su madre fué una pobre mujer que no pudo resistirse a mis promesas y a mis muestras de amor. Se confió demasiado en mí, y su confianza la perdió. Se confió a mi albedrío con la fe de una mujer enamorada, como, tal vez, se hubiera entregado usted, si yo me hubiera atrevido a proponérselo. Y de esta debilidad a que la condujo su pasión nació este hijo, mi hijo, de quien tan cobardemente le hablan en este anónimo. Después del nacimiento de esta criatura, yo abandoné a la madre. Usted comprenderá; yo era joven y no podía sujetarme a obligaciones de esa naturaleza. Ella hizo todo lo humanamente posible para que yo volviera a su lado. Yo no fuí nunca.

Ella, para mantenerse a sí misma y mantener a mi hijo, necesitó trabajar; y sacrificó sus mejores horas, su juventud, en aras de la felicidad de aquel hijo que le había costado la honra. Contrajo una enfermedad terrible que se anidó en sus pulmones, y a consecuencia de la cual murió hace ya algunos meses. Yo necesitaba poner a mi hijo a cubierto de las asechanzas de la vida, y me hice cargo de él, que, al fin y al cabo, no era más que mi deber de padre. Y hoy mi hijo ya casi es un hombrecito; es un muchachito travieso y lindo a quien necesito darle una madre buena que eduque su carácter, que le enseñe a ser bueno, y, especialmente, a que no haga lo que yo hice con su pobre madre. Por eso busqué en usted una madrecita para él, porque la consideré buena y porque creí —ingenuo de mí— que su cariño por mí habría de sobreponerse a los prejuicios que pudiera provocarle un lance de esta naturaleza.

—¿Por eso vino usted a mí?

—Por eso y por usted misma.

(Continúa en la pág. 28)



El manual del perfecto turista

Por
Eulogio Bernasconi

EN esta época del año en que la mayoría de las gentes realiza viajes de turismo, o sueña con realizarlos, nada más oportuno que una serie de indicaciones para comodidad del viajero amigo y de los que tiene que soportar su compañía.

En primer lugar, y antes de tomar ninguna otra medida, es bueno proveerse de una de las llamadas guías de ferrocarriles; las hay de todos los colores y de todos los formatos, y todas son a cual más complicadas. Uno trata de saber a qué hora sale el primer tren para Venado Tuerto, y encuentra el precio que hay que pagar a los coches de alquiler sin taxímetro, por cada hora Si el lector resulta persona observadora, deja de leer la susódicha guía y sale a la calle a ver si en verdad existen coches de plaza sin taxímetros.

Una vez en posesión de la guía todo turista bien educado debe requerir la presencia de los futuros compañeros de excursión para elegir el lugar del veraneo, la hora en que sale y en que llega el tren. Si no lo hace, corre peligro de que todo el mundo se le enoje.

Hay que aguantar las muchas y diversas discusiones que la lectura del llamado horario provoca. Nadie entiende qué significan las letras mayúsculas intercaladas en los horarios, pero todos opinan sobre ellas. Alguien sostiene que la V quiere decir "vajada de pasajeros"; otros que la S "subida". Después de admitir que la guía está llena de errores, se resuelve tomar el tren en la estación, cosa que a todos parece muy acertada.

CÓMO SACAR LOS BOLETOS

SE recomienda acercarse a la boletería a pie y en fila de a uno, aunque una sola persona puede comprar tantos boletos como se le antoje. No se le hagan preguntas interesantes al hombre de la boletería. El boletero contestará con malos modos, porque de tanto estar ahí metido ha llegado a creer que la humanidad es lo que él alcanza a ver, vale decir hombres y mujeres sin piernas, siempre apurados y sin cambio menudo. De los niños no sabe nada, porque todos los niños de la república son, en una boletería, menores de seis años.

Los buenos modales del perfecto turista requieren que un par de boletos de $ 3.25 cada uno, sean pagados con un papel de $ 50. Si el turista puede resistir la mirada del hombre de la boletería, es capaz de cruzar los Andes montado en un palo de escoba; de arreglar la cuestión de Tacna y Arica y de defender a Franco de sus admiradores.

CÓMO COMPORTARSE EN EL TREN DIURNO

HAY que ganarles el tirón a los demás viajeros. Se eligirá el lugar donde no da el sol y se llenarán las raquetas y asientos vecinos con valijas y paquetes. Un queso de Rockefort, disimulado en una caja de bombones, da excelentes resultados para espantar a la gente. Los padres de familia con hijos menores de dos años pueden excluir el queso, pero deben pellizcar a los hijos para que lloren. No podemos dejar de señalar como un medio eficaz para quedarse dueños de todo el coche, el haber tenido la precaución de comer ajo antes de embarcarse.

No se le dé confianza a los otros pasajeros; suelen tomársela ellas mismos. Comienzan por leerse los diarios ajenos y terminan por equivocarse de equipaje y comen y beben las provisiones de los demás.

ACTUACIÓN DEL PERFECTO TURISTA EN EL TREN NOCTURNO

HEMOS llegado a la parte más importante de este manual. Es aquí, en el tren nocturno, en el coche dormitorio, donde más se notan los buenos o malos modales del viajero. Si a uno le toca un departamento con cuatro camas, debe elegir y posesionarse de la que más le guste. Para los hombres de cierta edad y algo gruesos se recomiendan las de abajo; pero éstas no dejan de tener sus inconvenientes. Los viajeros que están obligados a dormir en las camas altas, se vengan de los que duermen en las bajas de mil maneras. Dejan colgar los pantalones y las medias; sacan un pie, un pie aislado que da la sensación de haber sido apuntado; se mueven violentamente, tosen o juegan a la ruleta con la rueda de los respiraderos. Y si hacen todo lo posible por molestar al de abajo es porque ellos, al desvertirse, han sufrido lo indecible. Desnudarse en una cama alta de ferrocarril es algo que nadie ha hecho todavía.

Uno podrá arrancarse la ropa a tirones; pero eso no es desvertirse. Empieza la tarea al subir. Nadie sabe dónde poner los pies para apoyarse. Generalmente se ponen sobre el lavatorio, donde uno de los viajeros, creyéndose en su casa, ha depositado su reloj. Una vez encaramado allá arriba, es imposible moverse. Lo primero que uno se saca son los botines, y una vez que se los ha sacado no sabe dónde ponerlos. En la percha ya está el sombrero; pero ahí también cuelga los botines. Esto que parece nada, es de gran importancia, pues une, por primera vez en la vida, dos cosas tan distantes como lo son la cabeza y los pies. El saco sale, más o menos fácilmente. Pero llega el momento más terrible. ¡Hay que sacarse los pantalones! ¿Pueden sacarse, acaso, estando sentado o acostado en una cama? No, señor. ¿Cómo se sacan? La experiencia de cerca de tres mil años nos demuestra que no pueden sacarse por la cabeza, como las camisetas.

Una vez que el infeliz viajero ha logrado desvestirse, descubre que su ropa ocupa toda la cama y que, por lo tanto, no le queda lugar para él. En este caso, ya previsto porque siempre sucede, se recomienda volver a vestirse y acostarse hasta con el sombrero puesto.

LOS BUENOS MODALES DEL TURISTA NOCTURNO

UNA de las reglas elementales de la conducta que ha de seguir el que viaja en un coche dormitorio es la de meterse en la cama no bien entra. Nada de jugar a las cartas, a los dados y mucho menos a la "morra"; nada de hablar de negocios ni de farras. Tampoco deberá, antes de dormir, limpiar sus botines con las medias, tararear el último tango, ni tocar el bandoneón, en caso de viaje con tan manuable instrumento.

Se prohibe, asimismo, el dejar caer los botines, revolear los chalecos, contar las moneditas y darle cuerda al reloj.

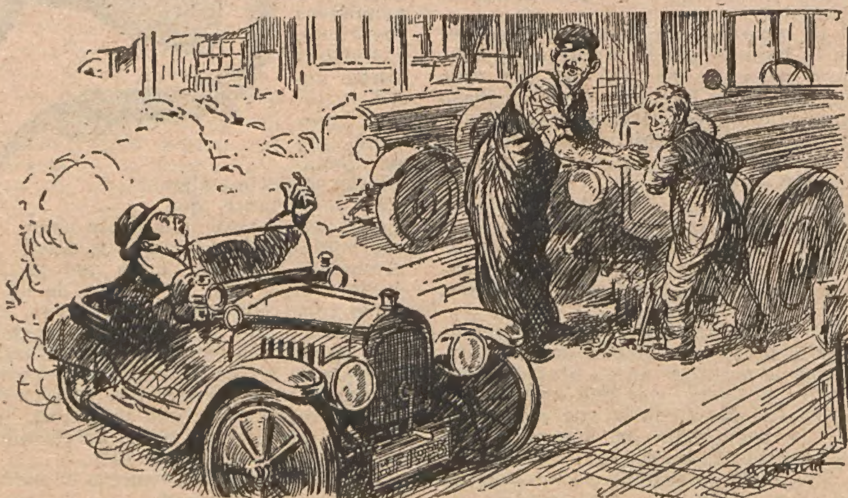
Como aun no se ha establecido la costumbre de viajar con relojes despertadores, lo mejor, para aquel que quiera levantarse temprano es decírselo al guarda. Éste no olvidará de despertarlo dos horas más tarde o más temprano, y de hacerlo bajar en la estación equivocada.

Lo que debe hacer un caballero turista, cuando se levanta, está, más o menos con lo que hizo al acostarse. Si por la mañana encuentra un botín del número 37, y calza el 41, debe resignarse a tratar de ponérselo. Si después de toda clase de esfuerzos no entra, puede posesionarse del par de botines que más le guste y que tenga más a mano. Es bueno revisarse cuidadosamente para no presentarse en público con las ligas en el cuello, la corbata en las pantorrillas y el chaleco arriba del saco. A todo eso se puede llegar por falta de espacio.

En el lavatorio sólo pueden defenderse los que poseen gran experiencia, por eso recomendamos un poco de entrenamiento en casa, para agarrar el jabón sin que se le escape, para empujar el grifo del agua y para afeitarse con una mano, mientras con la otra se sostiene la percha de las toallas y se lleva, con todo el cuerpo, el movimiento del tren.

Este Manual ha sido adoptado por la asociación internacional de turistas, bajo los auspicios de la "Sociedad de los buenos modales" o "Yo hago a los otros lo que me gusta que me hagan a mí".

EN EL CAMINO CARRETERO A MAR DEL PLATA



El automovilista presuntuoso. — Diga, che: lléneme el tanque de nafta.
El mecánico al aprendiz. — Che, Juancito, traete una cucharita de café.

Un accidente

Por E. González Lanuza

Dibujo de Biondini

LA calle entusiasta se estremecía, febril, bajo el frenesí de los automóviles y ómnibus, entre el sonar de las bocinas y el discorde gritar de los vendedores de diarios.

Soñadoramente recostada entre los almohadones de su coche, la joven doctora Celina Olmos miraba el rápido desfilar de los vehículos; mientras por su interior una más rauda aun, procesión de recuerdos se sucedía.

Volvía a su casa de un almuerzo de amigas, al mes de recibida, y la alegría de momentos antes, disipada ya, hacíanla volver sus miradas a los años transcurridos, de luchas y desvelos, demasiado intensos para su sensibilidad femenina, lastimada por la contemplación desnuda y cruel del dolor humano. Ahora el éxito había rematado a su esfuerzo, ¡pero a costa de cuánto, sólo su corazón podía saberlo!

Recordaba su salida del liceo, ¡diez y ocho años! Toda la vida un camino de promesas maduras, y un amor que iluminaba sus horas... ¡Juan Carlos! ¡Claros momentos los transcurridos a su lado, cuando entre sonrisas volaban las nimias y profundas palabras de la dicha!

Y después, la tristeza de aquel desengaño, cuando la realidad, siempre brutal con las almas delicadas, vino a mostrarle la pequeñez de espíritu de aquel que había imaginado todo amplitud de ideas y generosidad de pensamientos.

Fué cuando ella, ilusionada y feliz, le comunicó su decisión de estudiar medicina.

—¡Oh, nunca, nunca te lo consentiría! ¡Duras palabras las de la boca amada!

—Pero ¿y por qué, querido? ¿En qué podría lastimar eso a nuestro cariño?

—¿Yo casado con una "doctora", con una "intelectual" marisabidilla? ¡No, queridita; yo quiero que seas un adorno en mi hogar, no un compañero de tareas!

—¡Pero, Juan Carlos!

Sólo esas palabras, esas pobres palabras habían destruído sus sueños de felicidad.

¡Ser un adorno; como un animalillo doméstico, como un mueble preciado, solamente! ¡Querer poner vallas al vuelo potente de su voluntad de perfección y de cultura! ¿Había, acaso, nada más noble y digno de una mujer que prodigar consuelos al dolido, y derramar el tesoro de su ternura sobre el dolor de los humildes que sufren?

Además, ¿qué vida feliz podría ser la suya en compañía de quien tan poco la consideraba?

Pero su juventud se sobrepuso a todo, y del mismo desengaño sacó fuerzas su espíritu para emprender la ardua tarea de penetrar la aridez de las definiciones y la desolada monotonía de los libros de estudio.

Y, sin embargo, el amor, rebelde a toda imposición de la lógica y de la realidad, se había mantenido oculto en su alma, como el rojo corazón de la brasa entre la lividez de la ceniza.

Recordaba aquel día, cuando, afanada con los estudios de su primer año de carrera, en vísperas de examen, recibió la noticia de que Juan Carlos Carranza se había comprometido con su prima Elena, cuya hermosura era el tema de los salones.

¡Qué noche desolada de dolor y de angustia, en la que sintió flaquear su decisión y la nobleza de sus propósitos! ¡Cuánta amargura devorada en silencio!

Pero de la lobreguez de aquellas horas de llanto había surgido su alma límpida y templada, como una espada pronta para el combate.

Año tras año, con fervorosa dedicación se había interiorizado en la noble carrera, practicando en los hospitales, prodigando junto con la conciencia de sus conocimientos recientes, la dulzura que era en ella tan natural y espontánea, como el perfume en un ramo de violetas.

Después la colación de grados — un mes hacía, apenas. — la instalación de su modesto consultorio; los primeros clientes, con tanta solicitud y temor atendidos...

En la perspectiva de sus recuerdos, los sucesos más lejanos aparecían, por curioso contraste, nítidos y bien recortados, y en cambio los hechos recientes se sobreponían confusos, borrosos por su novedad misma.

Dejando atrás el fragor afanoso de la calle Callao, el automóvil había doblado por la avenida Alvear, en dirección a Palermo.

¡Qué honda frescura flotaba en el aristocrático barrio! El mismo asfalto parecía participar de la eficacia elegante del encerado de los pisos!

Miró su relojito de pulsera; eran las cuatro cuando cruzaba frente a la Recoleta. La tarde de la incipiente primavera comenzaba a declinar, y las ráfagas frescas del viento hacían estremecer las matas del paseo, donde chispeaban a veces como una audacia, florcitas rojas, amarillas o blancas.

Numerosos niños, acompañados de sus "nurses" se disponían a regresar a sus casas, dejando detrás de ellos al jardín solitario y como más sombrío, como si el invierno hubiera regresado de nuevo a entristecer sus calles desiertas.

De pronto, de cien pechos se escapó un grito de angustia.

Un ¡Ah! breve, que compendiaba una tragedia.

Unas cuantas personas que se amontonaban, varios automóviles que se detenían. Celina Olmos hizo también parar el suyo, y descendió a ver lo que sucedía.

Una hermosa criaturita — cuatro años en capullo — en un descuido de su "nurse" había intentado cruzar sola la avenida. Un automóvil, a pesar de la destreza de su chofer, no pudo evitar el accidente y la atropelló. La "nurse", despavorida, no acertaba a decir una palabra; el agente rasgaba el aire con sus llamadas de auxilio, y en los automóviles raudos que cruzaban, los ocupantes esbozaban un gesto de curiosidad, volviendo el rostro hacia el montón de gente.

Celina se abrió paso, con dificultad, hasta la pequeña víctima, y ya junto a ella, la reconoció rápidamente.

—Tal vez no sea nada — dijo, — pero es necesario proceder en seguida, agente, la voy a conducir en el automóvil hasta mi consultorio; queda cerca.

Y haciéndose acompañar por el policía, subió nuevamente en su coche, que arrancó en seguida.

Ya en el consultorio, sus manos sabias y maternales desnudaron con presteza al frágil cuerpecillo de la criatura, y reconociéndolo con detenimiento, prodigó mil cuidados, haciéndola volver en sí.

—No es nada, queridita, no te asustes, no es nada — contestó, respondiendo a la mirada compungida y azorada de la niña, y luego, mientras con mimos y delicadeza la volvía a vestir, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Elenita, balbuceó, entre confiada y recelosa.

—Elenita qué?

—Elenita Carranza.

—Carranza! ¡El apellido de Juan Carlos!

—¿Cómo se llama tu papito, querida?

Pero no llegó a escuchar la respuesta. En la calle se acababa de oír el rumor de un potente automóvil que se detenía, y ya sonaban en el vestíbulo voces entrecortadas, rápidas, angustiosas, que interrogaban. Unos golpes breves en la puerta y un tembloroso:

—¿Se puede?

—¡Adelante! (Un "adelante" más tembloroso aún.)

La puerta se abrió. Un hombre alto, pálido, con el bigote a la americana, apareció en el umbral. Su gesto de ansiedad nerviosa comunicaba una movilidad extraordinaria al rostro.

—¡Juan Carlos!

—¡Vos, Celina! Y Elenita, ¿qué tiene? ¿Grave? ¡Qué horror! ¿Se salvará? ¡Por favor, Celina, hacé todo lo que puedas! ¡Salvámela! ¡Salvámela!

Las expresiones se le atropellaban, febriles; los ojos le brillaban, cuajados de llanto.



UNAS CUANTAS PERSONAS QUE SE AMONTONABAN Y VARIOS AUTOS QUE SE DETENIAN

—¡Sosegate, Juan Carlos!, no es nada, afortunadamente todo peligro ha pasado; no tenés nada que temer, tu nena está a salvo.

—¿De veras, Celina? ¿Cierto? ¡Respiro, venía con la muerte en el alma! ¡Qué momento cuando la "nurse", despavorida, entró en casa! Elena estaba en cama, indispuesta; no quise decirle nada y corrí hasta acá como un loco. Pero ahora, creeme, que me has vuelto a la vida.

Celina, con una triste sonrisa que le suavizaba las facciones, lo miraba hablar de él, de su mujer, de la criatura; sólo de ella no parecía pensar para nada...

De pronto se interrumpió, comprendiendo tal vez toda la ingratitud de su egoísmo, y con esa volubilidad de dicción que experimenta el que acaba de pasar por una emoción fuerte, comenzó a excusarse.

—Disculpame, Celina, hablo y hablo como alocado y sin pensar en vos, que sos quien ha salvado a la chiquita; ¡cómo podré agradecerte jamás lo que has hecho, si con su vida has salvado toda mi dicha y mi razón de existir! ¡Bendita seas mil veces y bendita tu profesión que estúpidamente desprecié!

Celina no contestó nada; se inclinó hacia la criatura, que ya, más tranquila sonreía, y, mirando aquella ternura, fruto de la más grande desilusión de su vida, se inclinó para besarla.

ESPIRITUS EN CORRAL

El sectario no es un hombre libre. Quien afirme: "fuera de mi credo no hay verdad", es un sectario. La libertad que él vocifera es la que conviene únicamente a su secta, y por eso su acción tiende a amordazar la libertad de los que no piensan como él. El sectario es un esclavo, porque toda secta es una limitación del pensamiento. El sectario es una fuerza girando sobre un eje formado por series de silogismos rotundos, cuyas premisas constituyen una mezcla de verdad y mentira. Y cuando ese girar corresponde a un cerebro cristalizado en la secta y es fiel al eje como el satélite al astro, entonces hace crisis en la acción del fanatismo: estalla la bomba de dinamita; se quema al pobre que no cree en Dios; se asesina al hombre que ataca a la secta; se insulta en vez de polemizar serenamente.

Y eso es vivir en corral.

A. WASHINGTON DE LA PEÑA.

¿Sabe usted...

— cuál es el árbol más viejo del mundo?
— cómo se matan las ratas en el Brasil?
— a cuánto asciende la producción mundial de fósforos?
— qué animal posee treinta mil dientes?



Entre los adelantos que en materia de transmisiones radiotelefónicas, nos llegarán en breve de los Estados Unidos, figurará seguramente este modelo de micrófono doble, ensayado en una estación broadcasting yanqui, asegurándose que su resultado fué muy halagüeño.

Más viejo que Herodes. Se trata de un árbol descubierto hace bastante tiempo en un bosque de California. Ofrece esta particularidad muy apreciable: que es el árbol más viejo y más grueso del mundo. Su altura es de ciento diez y seis metros, y su diámetro de ocho pies desde ras del suelo hasta la altura de diez y siete metros. Vivía ya cuando en tiempos de Salomón se talaban los cedros del Líbano para la construcción del templo de Jerusalén.

El ojo humano está considerado por los oculistas como el más perfecto; no tiene, sin embargo, el poder del águila, que distingue su presa a muchos metros de distancia, ni la fosforescencia del ojo del leopardo, de los gatos, de los animales y de pájaros nocturnos, ni puede apreciar ciertos colores como los rayos ultravioleta.

En el Brasil abundan las ratas de un modo alarmante. No habiendo suficiente número de gatos para cazarlas suelen recurrir en ese país a una boa de dos metros de longitud, llamada la "giboia".

Esta inofensiva serpiente permanece dormida durante todo el día entre los animales domésticos, y no se despierta sino a la noche, para dedicarse a la caza de las ratas. Con una agilidad pasmosa se desliza y salta por las habitaciones, cazando a los roedores por la nuca y matándolos de una sola y fuerte dentellada.



En las mesetas de Hungría puede observar aún el turista, a menudo, costumbres muy extrañas y métodos bastante primitivos para la confección de los artículos de primera necesidad, si se detiene a observar algún tiempo a los habitantes de esa parte del país. Aquí vese, por ejemplo, a una anciana tejiendo aún de la misma manera como lo harían, posiblemente, sus antepasados de cien años atrás.

Hay un pez que sirve de bujía a los esquimales. Es el kamí, que tiene las dimensiones de una sardina gruesa. Su carne es extremadamente aceitosa, tanto que disgusta a los lapones, a pesar de ser afectos a la grasa. El kamí les sirve para alumbrarse. Atraviesan el cuerpo del pescado con una mecha larga de algodón, lo hacen secar, y así arde luego con hermosa llama. El más pequeño de estos originales candiles puede dar luz por espacio de tres horas, pero tiene el inconveniente de despedir un olor muy desagradable, al menos para nosotros.

Hay un árbol que se ilumina en Asía. Se llama el "karkema". Tiene la forma de un cono cubierto de hojas y flores. Los gusanos de luz buscan sus hojas y sus ramas, porque en ellas encuentran un buen alimento. Así, pues, el "karkema" está siempre lleno de estos insectos. Durante las noches de verano, estos brillan en la obscuridad, entre el follaje del árbol, lo que produce una iluminación tan brillante como singular, que da al árbol un aspecto verdaderamente fantástico.



Del grado de adelanto de la civilización moderna en el Africa Central dan una idea las armas que emplean los habitantes de esa región del planeta para defenderse contra los animales que, en gran cantidad, ponen a cada momento en peligro su vida. Este negro ha matado a la enorme boa, que ilustra el grabado, armado únicamente con una lanza.

El colibrí o picaflor se llama en muchos puntos "resucitado", pues por largo tiempo se creyó que moría en el invierno para resucitar en el verano. Su nombre más poético es "corasí", que significa "cabellos de sol" entre los indios americanos.

Como la cantidad de fósforos que se gasta diariamente es enorme, se ha inventado un sistema de máquinas tan perfeccionado, que puede producir quince millones de fósforos por día.

Un banco original. — En 1856, Mr. Ratclifte, de Lokart, en América del Norte, colocó una tabla entre dos árboles cuya altura no excedía de veinte centímetros. Olvidándose de ella, se ausentó de su propiedad, no regresando a su casa sino muchos años después. Entonces vió que los árboles habían crecido considerablemente, aprisionando entre ellos la tabla que elevaron del suelo, formando un cómodo banco. Lo más curioso del caso es que la tabla se conservaba en perfecto estado.

El reloj del rajá de Rampur no tiene semejante en el mundo. Hace poco lo envió a Londres para que se lo arreglaran, y causó la admiración de cuantos lo vieron.

Su caja está hecha de un topacio, el vidrio es un diamante tallado, protegido por una caja de esmeralda. A pesar de ser extraordinariamente pequeño, marca los minutos, los segundos, las horas, los días, las semanas y los meses. Se calcula su valor en unos quinientos mil francos.

La libertad de amar

Por **Fernanda L. de Apugliesi**

RECIENTEMENTE la policía de la capital interrogó, extraoficialmente a la Municipalidad, respecto a qué actitud debiera asumir con las parejas de enamorados que pupulan en los jardines y paseos públicos. Nuestra policía no quería invadir jurisdicciones ajenas ni extralimitarse en sus funciones, vale decir, no estando segura del paso que se proponía dar, optó por consultar con quien creía que correspondía. Pero la Municipalidad ha contestado con evasivas. En tan delicado asunto — pues se trataba de señalar cuando la libertad se transforma en licencia — no podía el poder ejecutivo comunal indicar sin equivocarse. Tenemos pues a nuestra policía perpleja. No sabe aún si ahuyentar a las parejas de enamorados de los paseos públicos, o junto a los árboles, flores, pájaros y guardianes, hacerse cómplice de sus querellas.



Al trascender este asunto ha de hacerse general esta pregunta: ¿Tienen los enamorados el derecho de demostrar en público sus afectos? Desde ya, y a raíz de la consulta que sirve de pretexto a estas líneas, nuestra policía cree que no. Pero lo peor no reside en el exceso de suspicacia que la policía pone en guardar una moral que, en este caso, nadie ataca, sino en la equivocada educación que se le da al pueblo. Se le enseña a éste a sospechar de las parejas que van a pasear su romanticismo a los jardines de Palermo o de la Recoleta, o a las explanadas del Balneario o de la Avenida Costanera. Los enamorados no tienen paz ni protección en una ciudad como ésta: los persigue la policía y los molestan los transeúntes. Aquí no se tiene respeto por una cosa tan sagrada como lo es el amor: el amor sano, espontáneo y joven; amor que no huye de las miradas ajenas ni se esconde tras las paredes.

En todas las grandes y pequeñas capitales del mundo los enamorados, o mejor dicho, las parejas de éstos, pasan inadvertidas para el resto de las gentes. Estas saben que el amor es, entre todos los males y bondades de la raza humana, lo más natural. Saben, también, que nada hay más propicio para el amor que la soledad, y por eso, quizá, en Berlín, París, Londres o Nueva York, el hombre que pasea su hastío o su entretenimiento por los senderos de un parque, evitará muy discretamente el pasar frente a ese banco que en la parte más sombreada del jardín sirve de refugio a dos enamorados; y si pasa, lo hará sin mirarlos.

Ese respeto por el prójimo aun no está arraigado entre nosotros. Todavía hay mucha gente que se regocija molestando a los demás. El gusto de "embromar" al prójimo es, entre nosotros, como un deporte o como una enfermedad nacional.

La libertad de amar debiera ser en todo medio que pretende pasar por civilizado, un hecho. Expansiones inevitables e inofensivas en que desde que el mundo existe han caído todos los enamorados de la tierra, debieran ser, cuando no traspasan en verdad los límites de la moral establecida, tolerados por la gente y por la policía. La civilización real tiende a matar las falsas sospechas y a hacer de las gentes seres más ingenuos, con la sana ingenuidad de los que siempre piensan bien de lo que no está mal.

Esta ciudad nuestra ha dejado de ser un villorrio. Con dos millones de habitantes hay que admitir que también ha aumentado el número de los enamorados, y éstos no tienen adonde ir. La tertulia familiar, en el patio durante las noches de verano, o en la estrechez de un cuarto durante el invierno, no son los lugares más apropiados para decirse todas esas cosas con que la humanidad se viene engañando y desengañando desde el primer amanecer del mundo. Los grandes árboles, el césped, el murmullo de la fuente cercana, ponen mayor elocuencia en el lenguaje del hombre y una comprensión más honda y más dulce en la mujer. No importa que a dos pasos de ellos los automóviles atruenen el aire con sus bocinas y motores, ni que bajo la misma sombra del árbol bueno cuatro o cinco niños alboroten los cisnes con sus gritos y sus lloros: los enamorados están allí más cerca de la naturaleza, vale decir, más cerca del amor mismo. Los pobres enamorados de las grandes ciudades son, como se ve, muy poco exigentes.

Municipalidad, policía y la gente misma debieran respetar a los enamorados. Que la libertad de amar sea entre nosotros lo que es en otros países: un hecho vulgar en el que nadie se fija.

Un puñado de chistes



INFORME PROFESIONAL

El gerente de una casa de comercio (empleando a la nueva telefonista). — ¿Cuándo y dónde nació usted?

La chica, queriendo impresionar mejor). — Flores uno, nueve, cero, cuatro.

¡QUIÉN PUDIERA!

Un célebre médico pasea con uno de sus discípulos.

— ¿Quién es esa señora a quien acaba de saludar, maestro?

— Una clienta a quien curé un grano que le salió en la cara.

— ¿Y qué tratamiento empleó usted?

— Le prohibí que tocase el piano.

— ¿Puede saberse que relación hay?...

— Que vive en un departamento de la misma casa que yo.

ROBO POR PARTIDA DOBLE

Don Filemón Repámpano sorprende a un ratero en su habitación descolgando su traje dominguero, del ropero. No puede contenerse, y le dice:

— ¡Miserable!... ¡Conque robándome mi traje, que me cuesta doscientos pesos!

— ¿Doscientos pesos este mamarracho? Pues veo que el sastre le ha robado antes que yo.

ENTRE BOHEMIOS

— ¡Mira qué billete de cincuenta pesos más raro!

— ¿Raro? ¿Qué tiene de particular?

—Que es mío.

MALA MEMORIA

— Mira, Jorge, ésta es la esquina en que me esperabas para verme.

— Es verdad: mira aquel idiota cómo está haciendo el pavo.

LATERO

Se habla de un temible conferenciante, tan pesado, que su auditorio le abandona siempre a los pocos momentos de haber tomado la palabra.

— Me consta — dice uno, — que para consolarse de su desdicha anda siempre por la calle junto a las paredes.

— Lo hace, sin duda, porque las paredes oyen.

OPORTUNO

En el mitin:

El orador. — ¿Quién es el sinvergüenza que ha rebuznado?

Una voz. — Nadie; es que hay eco.



DISTINTOS MODOS DE VER

— Usted debe tener más cuidado, María; ése ya es el segundo vidrio que rompe usted esta semana.

— Es que, señora, con el frío están más delicados.

IRRESPONSABLE

Un empleado se presenta al gerente de la casa en que trabaja, y le dice:

— Necesito que influya para que me den un ascenso, porque me he casado.

— Lo siento mucho, amigo mío, pero yo no puedo ser responsable de una desgracia ocurrida fuera de su trabajo.

PRECAUCIÓN

El explorador polar, de regreso:

— Sí; el frío era tan intenso en el polo, que teníamos que tener la precaución de no acariciar a nuestros perros.

— ¿De veras? ¿Por qué?

— Porque tenían la cola tan congelada que si la hubiesen movido se les hubiese roto.

CULTURA MILITAR

El sargento. — ¿Sabe usted leer y escribir?

El conscripto. — Soy bachiller, mi sargento.

El sargento. — No le pregunto a usted la profesión, sino si sabe leer y escribir.

DICHOSO DE USTED

— ¡Aunque sólo sean cinco centavos, por caridad, señor!

— ¡Dichoso usted que sólo necesita cinco centavos! ¡Yo estoy buscando cien mil pesos!

LA SALUD DEL TÍO

— Vamos a ver, doctor, ¿se muere o no mi tío?

— No creo. Lo que es por ahora tiene una salud refractaria a toda clase de medicinas.

INDIRECTA

— Hay mil maneras de hacer fortuna.

— Sí, pero honradas hay sólo una.

— ¿Cuál?

— Ya me figuraba que no la conocías.

EN UN EXAMEN

—Voy a hacerle una sola pregunta. ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

— Tantas como pelos tengo en la cabeza.

—¿Y cuántos pelos tiene usted en la cabeza?

— Esa es una segunda pregunta, y usted me ha dicho que sólo me haría una.

HAY QUE TENER CUIDADO

Dos amigos se encuentran después de algunos años de separación.

— ¿Te acuerdas — dice uno de ellos — de aquella Matilde con quien solíamos bailar?

— Sí, era una coqueta de primer orden; una mujer ligera y casquivana, de la que decíamos que había de engañar a su marido.

— Pues es mi esposa desde hace tres años.

COMPLETAMENTE BORRACHO

El juez. — ¿De modo que usted insiste en que cuando se llevó el sobretodo de casa de su amigo estaba usted borracho?

El acusado. — Sí, señor; no sabía lo que hacía.

El juez. — ¿Y cómo lo demuestra usted?

El acusado.—Muy sencillamente: ¡porque me hubiera llevado otro sobretodo mejor!

EN EL BAILE

— Mi marido es terriblemente celoso. Sólo me deja bailar con hombres feos.

— ¡Qué casualidad! A mí me ocurre lo mismo con mi señora.

Los personajes de la ficción

Rip Van Winkle

SI el lector conoce la historia del navegante Hudson, explorador del río y la bahía que llevan su nombre, sabrá, sin duda, que fué abandonado en la costa americana, con su hijo y algunos compañeros fieles, por la tripulación de su barco sublevada. La opinión general es que aquellos infelices murieron de hambre o asesinados por los salvajes, pero una tradición popular en los Estados Unidos cuenta la cosa de otra manera. Los pobres navegantes, según esta versión, llegaron a los montes Kaatskill, y allí viven todavía esperando que alguien vaya a salvarlos. Cuando ruge el trueno, es que los navegantes extraviados tratan de consolarse jugando a los bolos.



Sus ropas estaban hechas jirones; su barba, larga y canosa...

Ahora bien: el año 1775, es decir, poco antes de que los Estados Unidos se declarasen independientes, un tal Rip Van Winkle, hombre holgazán a la par que curioso, quiso convencerse de si la tal tradición estaba justificada, y echándose al hombro su escopeta dirigióse a los Kaatskill y metióse por los tortuosos vericuetos que conducen a los más inaccesibles barrancos. Nunca hiciera tal. Rip Van Winkle encontró, en efecto, a Hudson y a sus compañeros; no sólo los encontró, sino que se portaron con él excesivamente amables, obligándole a jugar a los bolos y a beber con ellos. Tanto bebió, y tan cansado lo dejó el juego, que acabó por dormirse sobre una peña...

A la mañana siguiente, Rip no vió a Hudson ni a sus compañeros. Estaba completamente solo, y comprendiendo que todo había sido un sueño emprendió la marcha hacia su casa.

Júzguese cuál sería su asombro cuando, al llegar a la población, no encontró ni una sola persona conocida. Las mismas casas, los mismos árboles, aunque más crecidos, la misma tertulia a la puerta del figón, donde se hablaba de la lejana metrópoli; pero las caras no eran las mismas, los trajes eran menos serios, y los chiquillos, los chiquillos particularmente, eran demasiado molestos, siguiendo a todas partes a nuestro hombre. Su admiración creció de punto al fijarse en la muestra del figón, donde antes aparecía la rolliza figura del soberano inglés con el rótulo: "Taberna del Rey"; allí estaba todavía la marcial imagen, con su casaca, su espada y su tricornio; pero la cara era otra, y el letrero decía: "Taberna del General". En la tertulia había algunas caras que Rip creyó reconocer; se dirigió a aquellas personas, y por toda contestación obtuvo sólo risas mal reprimidas. Entonces le ocurrió ir a su casa y llamar a la puerta; su mujer salió a abrirle, pero lo recibió como a un extraño, y cuando él, asombrado de cuanto le ocurría, dió su nombre, se encontró con que aquélla no era su mujer, sino su hija. ¡Su hija, casada ya, cuando él la dejó niña el día antes! Entonces, creyendo soñar todavía, allá en el fondo de los Kaatskill, Rip Van Winkle se miró, se palpó para convencerse de que estaba bien despierto... Y entonces comprendió toda la extraña y terrible verdad.



Wáshington Irving, a cuyo ingenio se debe la famosa historia de Rip

Sus ropas estaban hechas jirones; su barba, larga y canosa: su escopeta era, por lo oxidada y carcomida, una pura ruina... Todo cuanto le ocurrió en las montañas fué, en efecto, un sueño; pero un sueño de veinte años. Su país era ya la libre América, y los hijos de los que fueron sus convecinos, súbditos de aquella nación nueva, se negaban a reconocerle, creyéndolo muerto.

Tal es la historia de Rip Van Winkle, historia que el genio de Wáshington Irving ha hecho famosa.

Una extraña amistad

ESTA aventura perfectamente auténtica, tuvo por teatro una pequeña granja en el Transvaal. La niña de la casa, una chiquilla de apenas cuatro años, tenía la costumbre de llevarse todas las mañanas la taza de leche y el bizcocho de su desayuno, para saborearlo en el jardín, sobre la yerba soleada. La madre encontraba aquello encantador y nunca pensó en contrariar ese inocente placer. Un día, que por casualidad subió a ver lo que hacía su hijita, lanzó gritos de horror al percibir una gran serpiente ocupada en tomarse a grandes tragos la leche que quedaba en el fondo de la taza. Enloquecida llamó a su marido, quien considerando el espectáculo con más sangre fría, se dió cuenta de que un acuerdo perfecto parecía reinar entre la pequeña Eva y el seductor, y creyó mejor no hacer escándalo alguno. Terminada su comida, el reptil se retiró cortésmente, haciendo ondulaciones, y los padres se precipitaron, con mil exclamaciones de terror, sobre la chiquilla, que no comprendía nada de esa agitación.

—Pero—dijo al fin—¡si la señora serpiente viene todas las mañanas a desayunarse conmigo!

La alarma redobló, y los padres, timoratos y llenos de prejuicios, se negaron enérgicamente a tolerar esa frecuentación tan peligrosa a sus ojos. La suplicó con gran insistencia y llorando a mares, pero todo fué inútil; se le prohibió toda amistad con su rastrero favorito.

Sin embargo, después de muchos ruegos, logró obtener que todos los días se pusiera sobre la yerba, en el mismo sitio, un poco de leche, y desde la ventana ella miraba melancólicamente a la señora serpiente que se desayunaba solita.

La Musa Argentina

DESDE QUE TE FUISTE...

Te recordamos siempre; tu memoria
no se apartó jamás ni un solo rato
de nuestra mente, que dejó la angustia
desde ese día un pensamiento amargo...
Hoy hace un año que llevó la Intrusa
a aquel país de sombras, ignorado,
tu cuerpecito angelical de niño
que pasó por la vida como un rayo.
Cuando invocamos tu querida imagen
junto a la mesa familiar, y hablamos
de tus cosas más gratas, tus dibujos,
de tus modestos y sencillos cuadros,
sentimos que el dolor como una aguja
va nuestro triste corazón pinchando,
y en los ojos de todos la tristeza
pone un espeso lagrimón amargo...
Muchas veces, buscando alguna cosa,
revolviendo la cómoda, encontramos
algún objeto tuyo, algún objeto
que, sin saberlo nadie, habías guardado:
ya el retrato inconcluso de un amigo,
o algún verso sencillo de tu hermano...
¡Desde que tú te fuiste, desde entonces,
el dolor permanece a nuestro lado!

ENRIQUE CUNATTI

ABRIL

(Del libro "Aldea Española")

Por FERNÁNDEZ MORENO

Yo soy ese chiquillo de carita de cera,
de sombrero de paja, de delantal de dril,
que agobiado por una reluciente cartera
camina hacia la escuela una tarde de abril.

—Buenas tardes—muy serio, digo a la molinera.
—Anda con Dios, hijo—dice con voz senil.
Blanca y resplandeciente está la carretera,
riza el mar de Cantabria su sábana de añil.

Yo soy ese chiquillo que con nadie se mete,
que sabe de memoria la Historia y el Astete,
y que nunca hizo bien una mal división.

Y que al tornar a casa a través de los prados,
va con los grandes ojos húmedos y pasmados
en las trenzas doradas y luengas de Ascensión.

BUENOS AIRES

Da gusto oír en la ciudad enorme,
monstruo fabril, donde el dinero rueda
y domina la fiebre de los ruidos,
las palabras de amor de las parejas.

Por un momento hace olvidar la lucha
por el pan cotidiano esta alegría
que florece en las almas de los jóvenes
soñando con dulzuras presentidas.

Feliz de ti, ciudad, ya que no ha muerto,
envuelta como estás en mantos de oro,
la pasión del amor en tus muchachos,
ni la inquietud de sus anhelos locos.

Eso es lo que te salva, lo que hace
que brilles más soberbia y más hermosa,
porque cada pareja es una estrella
y cada beso un resplandor de gloria.

Así te sueño yo, ciudad querida,
olvidando la podre del metal,
toda arrullada por la primavera
de los que saben padecer y amar.

PABLO A. RAMELLA

LOS RECUERDOS

Como esas palomas que vuelan al nido
y en el sitio amigo su vuelo detienen,
así, suavemente, venciendo al olvido,
del pasado grato los recuerdos vienen.

Tanta es la dulzura que aquellos instantes
pasados contigo para mi alma tienen,
que de todos ellos, aunque están distantes,
en mágica ronda los recuerdos vienen.

Cuando las tormentas de algún pensamiento
preso entre sus brumas mi sueño retienen,
arrancando a mi alma de su abatimiento
de tus frases buenas los recuerdos vienen.

Si contemplo el rizo que al partir me diste
o leo promesas de amor que contienen
tus cartas, yo siento que en mi vida triste,
volcando fragancias, los recuerdos vienen,
los recuerdos vienen...

JUAN CIFUENTES

MEDITACIONES

(Del libro "Bichitos de Luz")

Aseméjate al molino
que roza el suelo y el cielo,
y que mientras vuela y canta
va moliendo, va moliendo...

Aprendamos a caminar,
oh soñadores sempiternos
que volamos sin movernos,
en vez de movernos sin volar.

En balde es que procures
tus sueños realizar
en tanto no te cures
del vicio de soñar.

A veces un tubito
de alquimista contiene
la Vida, el Infinito,
lo que fué y lo que viene.
Así también un verso
mágicamente lúcido,
en su cristal translúcido
concentra el universo
disperso, y lo retiene.

La espina del rencor
pudo ser una rosa de amor
en la rama asoleada...
La espina es una flor,
una flor abortada.

Hay ausencias que tienen
la virtud rara
de separar los cuerpos
y unir las almas.

Qué gallardo era tu andar,
y tu silueta, ¡qué erguida!
Y ahora te vuelvo a encontrar
desconocida.
¡Te ha redondeado la vida
como a las piedras el mar!

Los astros cantan en la altura
su ardiente coro de fulgor.
¡Con qué silencio el alma obscura
del firmamento oye esa voz!

El placer es a la vida
lo que a las rocas el agua,
que mientras la acaricia
las desgasta.

EMILIO FRUGONI.

El "Plus Ultra" parte para Montevideo

EN COMPAÑÍA DE DURÁN, RAMÓN FRANCO se traslada en un bote al "Plus Ultra" para iniciar el vuelo Buenos Aires-Montevideo. Antes de partir, el avión evolucionó largo rato sobre la ciudad y sus alrededores, siendo aclamado por el público

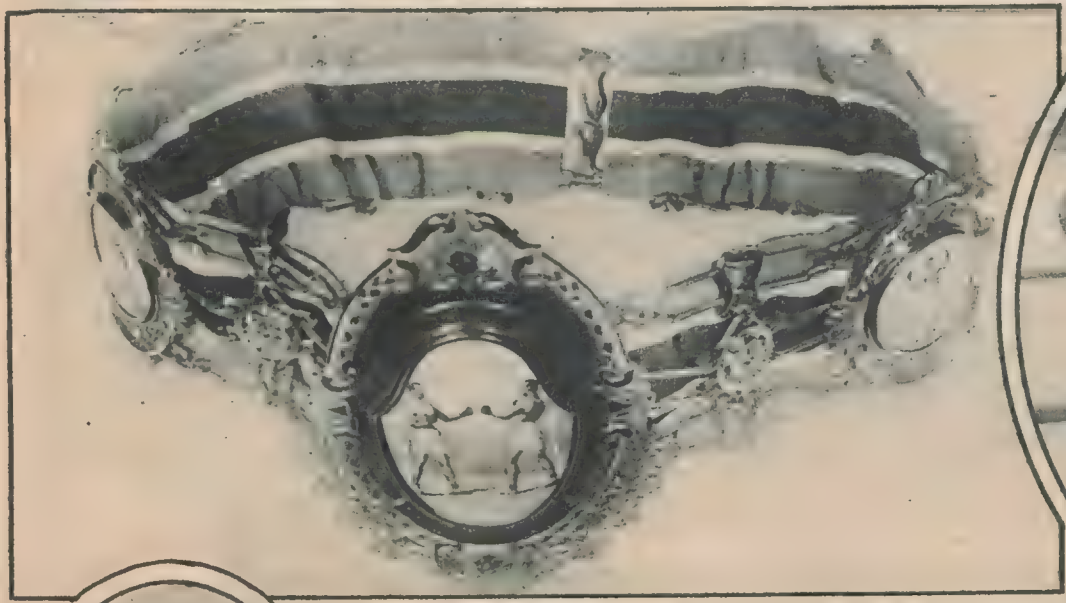


DESPUÉS DE HABER SIDO PROLIJAMENTE REVISADO, el "Plus Ultra" deja tierra argentina y se mece suavemente en el agua de la Dársena Sur, pocos momentos antes de emprender su vuelo a Montevideo





EL RAID MOTOCICLÍSTICO Ciudad del Cabo a El Cairo, iniciado a título de viaje de bodas por los esposos Heller de Clapham, Londres, ha epilogado trágicamente con la muerte de Mr. E. M. Heller, ahogado en Sud África en momentos en que se dedicaba a la pesca, y sin que su esposa pudiese evitarlo



SON TAN ESCASOS LOS BUENOS BOXEADORES en la Gran Bretaña, que el cinturón que en 1909 intituyó Lord Lonsdale para el campeón de peso pesado, queda aún libre, y en breve será disputado en un torneo internacional



POR CONSIDERAR POCO EDIFICANTES y antiestéticos, los encuentros pugilísticos entre mujeres, la comuna de Hoxton Baths, Londres, ha prohibido el match de box entre las señoritas Annie Newton, que se ve aquí, y Magde Baker

¡SEISCIENTOS SESENTA MIL PESOS! fueron ganados en el bacará por míster Sydney Beer, de Londres, después de jugar durante cinco días en Cannes y haciendo quebrar la banca dos veces. Con razón se dice del señor Beer que es el hombre más suertudo de Europa



EN LEICESTER, COMO EN TODAS las grandes ciudades hanse ensayado numerosos medios para resolver el problema del tráfico, probándose ahora el que se ve en la fotografía, y que ha de ser eficaz



PARA QUE LOS NIÑOS SE QUEDEN QUIETOS ha ideado este peluquero de Berlín un silla caballito. El corte de pelo se efectúa muy bien, salvo que al pequeño cliente le dé por jugar jineteando el pingo de madera



PUEDE DECIRSE QUE DOROTHY KNAPP ha sido inmortalizada en vida. Ella misma ha inaugurado su propia estatua en el "hall" del New York Theatre, donde permanecerá para siempre como la mujer más bella del mundo



CON PLAUSIBLE ÉXITO REALIZÓ en los salones del Club Pueyrredón de Mar del Plata, una exposición de caricaturas el dibujante argentino don Luis María Saraví



DE ACUERDO CON LOS MODELOS que han sido exhibidos en Niza, podemos augurar que la moda para este otoño tendrá pocas innovaciones. Las polleras se usarán un poquito más cortas que el año pasado.



EN NOMBRE DEL COMITÉ PATRIÓTICO DE LA PLATA, el señor Duret depositó recientemente en la tumba del Soldado Desconocido, en París, una plaqueta y una palma de bronce

Un deporte que se está difundiendo entre nosotros

MIENTRAS en los países de Europa el deporte de la pesca se practica con una intensidad no sospechada por nosotros, en la Argentina sólo ahora, puede decirse, comienza a conocerse. La difusión de este noble entretenimiento se debe, en gran parte, al Club Argentino de Pescadores, institución que tiene su sede social y su "campo de deportes" en la Dársena Norte, o más bien sobre nuestro gran estuario, en el lugar conocido por Muelle de los Pescadores. Allí se reúnen, durante todo el año, no menos de 1.500 aficionados, que es el número de socios con que cuenta esta institución, fundada en 1904 por el señor Almanza.

En el Club se han sacado buenos ejemplares de dorados, cachorros, camalotes, bagres, etc.

A pesar del frío durante las noches de los meses de junio y julio concurren gran cantidad de aficionados a la pesca del pejerrey.

En la República Argentina ha de haber no menos de 30.000 aficionados a la pesca.





INFALTABLE A UN SITIO que tiene reservado en el muelle, es el señor Fontana, experto pescador, a quien suele acompañar su señora esposa. La espera, así en familia, se hace menos larga

CON UN ARMADO inició sus tareas el día en que fué tomada esta fotografía, el hábil aficionado señor Emilio Blanco



NO SIEMPRE PUEDE PESCARSE UN CACHALOTE como el que con tanta satisfacción muestra este miembro de la Comisión Directiva del Club, señor A. Bernadas



DECANO DE LOS PESCADORES PORTEÑOS es el señor F. Rodríguez Gutiérrez. Es uno de los fundadores del club



ESTAMOS ANTE UN VERDADERO "recordman". El Sr. Humberto Galfrascoli, que sacó el cachorro más grande (16 kilos)

DOS GENERACIONES DE PESCADORES. El señor Ramón Vilaclara inicia a su hijo en el arte de poner una carnada para atraer surubíes



LA SEDE SOCIAL DEL CLUB ARGENTINO DE PESCADORES, se levanta sobre el muelle del mismo nombre, a pocos metros del "Yacht Club Argentino, en la Dársena Norte



ACOMPAÑADO DE SU SEÑORITA HIJA, y con las ropas de rigor, el señor Fernández se dedica a su deporte favorito



NO ES TAN FÁCIL COMO SE CREE la colocación de la carnada en los anzuelos. Aquí vemos a otro excelente pescador, el señor Navas Gil, entregado a esa tarea



EL HERMOSO MUELLE DE LOS PESCADORES, con su pintoresca pérgola y sus luces. Al fondo, el fondeadero del "Yacht Club Argentino", y a lo lejos el murallón del Puerto Nuevo



LISTOS PARA PESCAR MANDUFIAS están los señores Antonio Pou y Alejandro Berretini

FOTO LUZÁN







SON TAN GRANDES LOS FRÍOS en Londres que, a no ser por la bondad de los pocos paseantes que se aventuran a andar por los jardines públicos, se habrían muerto de hambre los gorriones del Hyde Park.

AHORA QUE EL MAGNÍFICO VUELO de Franco ha dado furiosa actualidad a las cosas referentes a la navegación aérea, se nos ocurre preguntar: ¿qué se ha hecho de aquel dirigible, el primero que vió Buenos Aires, traído por una misión aeronáutica italiana y vendido al gobierno argentino? ¿Existe todavía, o la tela que lo cubría ha servido para uniformes de soldados o de guardianes de plaza, o se está pudriendo en algún depósito nacional?

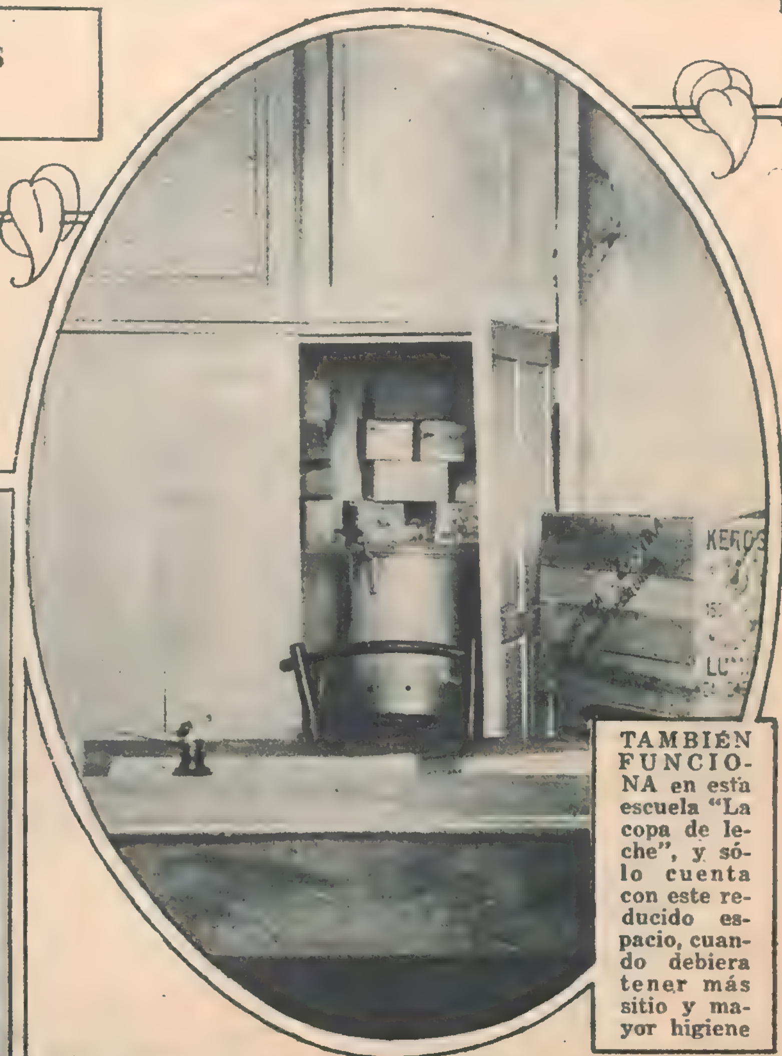


HACE POCOS DÍAS "LA NACIÓN" informaba, en un telegrama, la terminación del ayuno voluntario de veintiocho días que se impuso este extraordinario ayunador holandés, señor Wolley. Durante el ayuno se fumó ciento cincuenta cigarrillos.

AQUÍ TENEMOS A LA MUY ADMIRADA Alice Joyce, luciendo una creación que consiste en un magnífico vestido de "soirée" con aplicaciones de mostacilla, cuentas de cristal y grandes piedras de colores, que parece ser el último hallazgo de la moda

La escuela normal de maestras de San Luis no tiene local adecuado

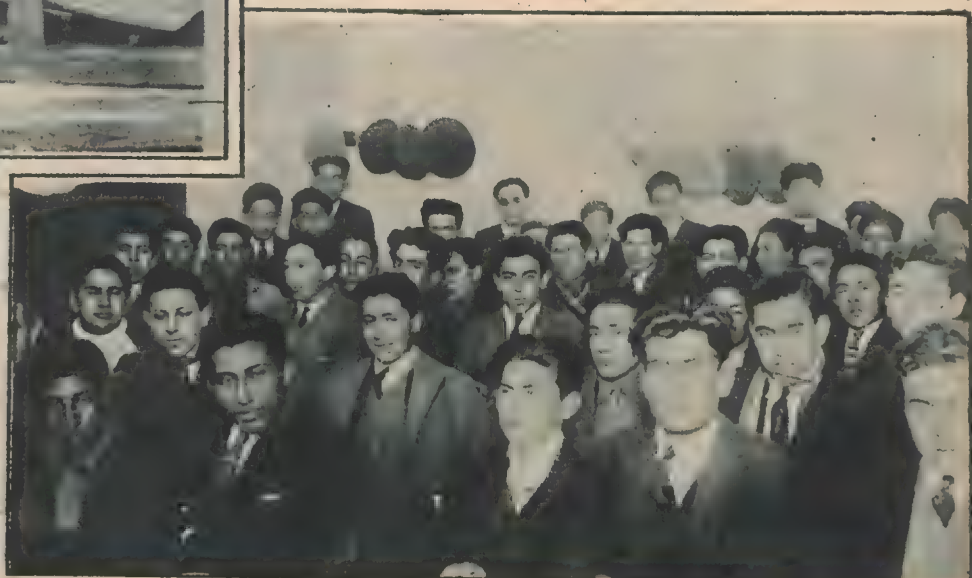
No hace mucho MUNDO ARGENTINO publicó un artículo haciendo notar el contraste que presenta el suntuoso edificio de nuestra Facultad de Derecho con los locales de los colegios y escuelas de la República, en la mayoría de los cuales se carece hasta de bancos y útiles imprescindibles. Como cuanto dijimos en ese artículo es la dolorosa verdad, ahora recibimos de San Luis estas fotografías, que muestran en qué condiciones se halla la Escuela Normal de Maestros. ¡Y hace veinte años que se viene hablando de la construcción de un local apropiado para esa casa de enseñanza!... Todo comentario sobra en presencia de estas fotografías, triste exponente del abandono en que se encuentran muchos de nuestros colegios, precisamente los que más útiles son al progreso del país.
Es de esperar que, al iniciarse el nuevo período escolar, la Escuela Normal de San Luis cuente con un edificio más apropiado que el reducido y antihigiénico que ahora posee.



TAMBIÉN FUNCIONA en esta escuela "La copa de leche", y sólo cuenta con este reducido espacio, cuando debiera tener más sitio y mayor higiene



COMO DEPÓSITO DE MUEBLES Y ÚTILES de la Escuela Normal de Maestros, se ha utilizado este antiguo gallinero



POCO ES EL ESPACIO QUE HAY EN LAS AULAS. Así se ven a los alumnos hacinados y en la imposibilidad de moverse



NO HABLEMOS DEL LABORATORIO DE FÍSICA Y QUÍMICA. Aparatos rotos, vitrinas sin vidrios, muestran el grado de abandono en que, por falta de local adecuado, ha caído esta escuela



ESTE ES EL PATIO DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTROS, DE SAN LUIS. No se puede pedir nada más pintoresco ni más inadecuado

Figuras de actualidad



AL TRIUNFO DE FRANCO COMO AVIADOR hay que agregar el de su compatriota Manuel Alonso, que acaba de obtener en Búfalo (Estados Unidos) una victoria, ganando por segunda vez un match internacional de tennis. En caso de vencer otra vez, ese disputado trofeo quedará en manos del español

FOTO PARAMOUNT



18.000 KILÓMETROS EN 90 HORAS es lo que acaba de cubrir el aviador británico Alan Cobham, en su vuelo del velódromo de Croydon, (Inglaterra), hasta la Ciudad del Cabo, por vía Egipto. Salió el diez y seis de noviembre del año pasado, y llegó a su destino el diez y siete de febrero de este año

FOTO CENTRAL PRESS



TIENE A SU CARGO, EL PROFESOR F. W. DICKENS, el adiestramiento de los atletas argentinos, que este año participarán en el gran torneo internacional de atletismo que se efectuará en Montevideo.

FOTO LOUZÁN



SE ENCUENTRA DE PASO EN BUENOS AIRES el señor W. L. Bradbury, director del famoso semanario humorístico inglés "Punch". Este distinguido periodista británico ha elogiado los adelantos de la prensa argentina. "Punch", que fué fundado en 1841, continúa siendo el exponente más grande del verdadero "humor" inglés

FOTO LOUZÁN



LACOSTE, EL GRAN JUGADOR DE TENNIS FRANCÉS, después de vencer a su compatriota Borotra, con quien discutió la final, fué proclamado, en Nueva York, campeón mundial de "singles" en cancha cubierta

FOTO CENTRAL PRESS



POR HABER SIDO AMENAZADO DE MUERTE, si cantaba en un teatro de Detroit, EE. UU., el famoso tenor Gigli tuvo que abandonar esa ciudad, sin cantar y custodiado por una guardia armada

FOTO SURETTI

Georgia del Sur

Por Sergio Piñero (hijo)

Del libro "El puñal de Orión", recientemente aparecido

AHORA, el crepúsculo resbala hacia la obscuridad. Una estrella aparece tímida como gestación de pensamiento. Tiembla, luego desaparece. Otra, asoma un ojo espiando la claridad. Después, como confabuladas, se fijan dos, tres, cuatro, seis..., y ya es noche. El mar se ennegrece en azul, el cielo en violeta.

El fuego de un cigarrillo cerca del botalón se esparce como de Bengala. Y en los ojos de buey la obscuridad se tuerce herida.

Navegamos en plena zona de témpanos con precauciones: media marcha, guardia doble de vigías.

El viento sopla: frío glacial. Sobre el puente de mando nos burlamos de nuestros atavíos polares. Corre la cantimplora sonriendo en gorgoritos, en tanto que a ratos se escuchan las voces de alerta que el megáfono transmite.

—¡Témpano a proa!

—¡Témpano a babor: 30 grados!...

En lontananza aparece el "ice-blink" o fosforescencia del hielo. Ya advertido el timonel lo evita. Mientras la guardia silenciosa escudriña en la obscuridad, ojo avizor...

Nadie duerme. Con la primer claridad los témpanos disminuyen, indicio de la proximidad de tierra. Grandes albatros, petreles y cormoranes escoltan nuestro camino volando vertiginosamente en todas direcciones. Una ligera niebla acorta la visibilidad del horizonte. El sol asoma pirotécnico.

Casi completamente cubierta de nieve amanece Georgia del Sur. Sobre los albos picos, los rayos solares, fríos de la mañana, esparcen un tinte de dorado abrigo que se reflejan en las rompientes, en el mar tranquilo y en nuestros ojos. Las montañas son una manada exorbitante de cebras desperezándose al despertar. Hay gargantas rocosas que bostezan y aves que se levantan de dormir; rachas de viento serrano que juguetean cual cachorros formando remolinos, peces que asoman su hocico como si recién abandonaran la cama, vibraciones de agua como abluciones, marejadilla musical del mar que nos parece gorjeo. La maniobra de a bordo arpegia sonidos de rondana al canto de los eslabones en el aljibe criollo. Una palangana marinera ríe..., ríe como una china junto al brocal. Nuestra respiración es vaho de pulmones de pampa. Un ave cruza veloz, retozando. La costa hace guiños de simpatía. La isla semeja renacer, antes que despertar.

Sobre la playa, rocas: unas parduzcas, otras bayas. Pulidas hasta el resbalamiento por las olas que con el correr de los años, en sus continuos embates, se han fabricado un lecho para romper y otro para escurrirse. Hay en la piedra próxima al mar una resignación por su destino equivocado.

Sin duda alguna, la naturaleza se ha preparado de fiesta por nuestro arribo. Mi alma, esta mañana, tiene deseos de un sport violento. Alegría de escarcha rota. Me encaramaría al palo mayor, y allí en el tope daría tres ¡hurras! a la vida...



Grytviken, la población más importante de Georgia del Sur

La tumba del gran explorador sir Ernest Shackleton, en Georgia del Sur

Barajamos la costa hasta introducirnos en Cumberland Bay. Vamos dejando a ambas bandas Punta Larsen, Sanders, Punta Monumento. Vira la nave. Escondida en el fondo de la caleta King Edward aparece la factoría de Grytviken con su caserío al ras del suelo, envuelta en nubes de vapor y desperdicios de ballena.

La grasa del cetáceo que cubre la superficie del agua hasta darle el aspecto de enorme depósito de aceite está materialmente cubierta por millares de palomas del Cabo, que picotean su alimento graznando como murciélagos. Su color negro y blanco matiza las aguas en trazado irregular de tablero de ajedrez. Un olor imposible, penetrante, nos sorprende; un olor compacto, denso como la niebla, visible.

La factoría comienza el trabajo. Varias ballenas, de barrigas estriadas, boyan a la vera de la playa. Salen y entran las pequeñas embarcaciones balleneras en actividad única e indiferente.

El Monte Paget destaca su cono dominando el conjunto montañoso de la isla. Sobre las escarpadas laderas ni un árbol aparece: a trechos, el cauce cristalino de un chorrillo que desciende de la nieve serpenteando entre el semiverde de la vegetación raquítica. Turba y roca por

todas partes. Piedras enormes, milenarias, del color de la pizarra, temerariamente suspendidas en el vacío. Pensamos que pudieran desplomarse en el instante sobre la población como el trapecista hamacándose sonriente en la claraboya.

Sobre la costa siguiendo la forma de la caleta, diseminadas en círculo, están las dependencias de la Factoría Argentina de Pesca. La capilla religiosa, más allá el cementerio, y un poco más retirado aún, la casa habitación del "magistrate" inglés que cobra impuestos y mantiene soberanía.

Fondeamos. Desciende la escala y recibimos las primeras visitas. Toda gente amable, obsequiosa, alegre por nuestra llegada, pero que trae de tierra, dentro de sus cuerpos, inconscientes, en su porte de soledad, un frío glacial que se esparce con algo de ice-berg hasta nosotros, el buque y a los mismos muebles. Trato de escrutar hasta el menor de sus movimientos, buscando la explicación a ese temperamento que les permite soportar y vivir diferentemente de mí: uno de ellos tiene una arruga en zig-zag en el cuello, detrás de la oreja: bien pudiera ser que estuviera cerca de la respuesta que busco. Por ahí..., por ahí...

DESPUÉS de doce días de navegación mi deseo vehemente es bajar a tierra y desentumecer los miembros adormecidos en la estrechez de a bordo.

Como un desfogue comienzo a caminar. Me entierro en la turba hasta las rodillas, doy tumbos de galera y más de una vez caigo. Sin apercibirme he llegado al cementerio. Un alambrado de cuatro hilos circunda el perímetro del pequeño camposanto. Cruces de madera sobresalen simétricamente. Al fondo, una tumba mejor adornada que las otras llama mi atención. Leo: "Sir Ernest Shackleton".

Nada más pobre ni quizás más vasto que la sencillez que rodea el descanso apacible del explorador. Todo duerme con él: la naturaleza, el silencio, la soledad. Todo se ha tendido a su lado, no con el aspecto tétrico y funerario que rodea siempre a la muerte, sino con respetuosa solemnidad, misteriosa, y como el más puro homenaje que se le rindiera a hombre alguno.

Los bloques de piedra circundantes se hacen solemnes como estatuas.

El aire se suaviza en quietud y hasta parece que hubiera árboles.

Soledad de ausencia presente.

Los yuyos se agitan de improviso y se dan de empellones los unos contra los otros — con el codo y los hombros, — sugiriéndose mutuamente el secreto.

Me contemplo como en un espejo; mi corazón oficia de cáliz. De cáliz sobre el altar de turba.

Cómo arrulla y propicia el tiempo, en este lugar, el sueño largo...

La grandeza personal de Shackleton se multiplica en el espectáculo. Y en verdad que tuvo alma de héroe. Completó en sí mismo una perfección de equilibrio; por eso su vida fué arte. El ideal alentó siempre en él aquel fuego de actividad que lo caracterizó hasta en el sacrificio. Él fué quien en un bote cruzó seiscientas millas del mar antártico, desde Isla Elefante hasta Georgia, para llevar auxilio a sus compañeros perdidos entre los hielos polares. Él quien cruzara a pie la Isla de Georgia en su extensión de 1070 kilómetros en plena estación invernal, acechado a cada paso por ventisqueros y precipicios disimulados en la traicionera albura de la nieve. Al emprender la útima expedición murió en la bahía de Grytviken, creyendo como nunca en el éxito de su empresa, cuyo resultado, según decía, le daría la gloria, sin sospechar que ya era suya.

Sobre la tumba, placas en bronce del transporte "Guardia Nacional", de sociedades uruguayas, del Yacht Club Argentino, dispersas como abandonadas. Mas ninguno de los homenajes discurre tanto cual la opulenta pobreza de la cruz carcomida, y de la maleza, que por extraña antítesis regional crece lozana aunque triste en el lugar.

Todo el mundo en la isla es familiar a Shackleton. Allí, en aquella casa, vivió las veces que arribara; en aquella otra, jugaba sus partidas de "bridge" en compañía de alegres noruegos pelirrojos. Una empalizada fué construída a su indicación; aquella baliza, puesta por él. Por la montaña se le vió descender un cualquier día sorprendiendo la población que lo creía en el polo. Cuando hablan de su persona dicen cosas familiares, y exclaman señalando el mausoleo: "¡Ahí está!..."

Mis compañeros de a bordo penetran en el cementerio entre gritos y comentarios desatinados. La alegría de estar en tierra sofoca cualquier otra emoción, hasta pisan fuerte, y parecen enterrarse en la blandura del musgo con la deliberada fruición de gozar semanalmente de la formación volcánica en el empaste de las suelas impasibles y embarradas.

Regreso. En el barco el gobernador celebra nuestro feliz arribo. Hace cinco años no sale de la isla. Es soltero. En idioma inglés chapurreamos los brindis que continúan horas más tarde en su casa particular con buena bebida que seguramente no paga derechos. El frío es intenso; cae ahora nieve; en la chimenea crepitan grandes trozos de carbón de piedra, y todo invita a gustar tranquilos y en tierra el buen whisky del señor gobernador.

Me apoltrono refocilado: blandura de miembros y el corazón alegre como una campanita.

Momentos después me anuncian que el ballenero que debe conducirme a Orcadas, con el personal de la comisión de relevo, está listo para zarpar...

HAY QUE APRENDER Y HAY QUE ENSEÑAR

Por Carlos Octavio Bunge

La inteligencia humana parece pasar por una larga época de embotamiento. Los nobles y poderosos, ni aprenden ni enseñan; para su lucha por la vida no necesitan otros conocimientos que el manejo de las armas y de sus máquinas de guerra. En la más alta nobleza del Norte, antes del siglo XIV, pocos magnates saben firmar. El pensamiento se refugia en los claustros, cuyo conjunto de estudios puede dividirse en dos partes: el cristianismo, y más tarde también el paganismo clásico. Para el cristianismo, estúdianse la Biblia y los padres de la Iglesia, bajo la doble influencia de la apasionada ignorancia de los godos, francos y germanos, y de la apasionada e impotente ambición de los italianos modernos. Esa enseñanza no ha dejado hondas ríces para la educación futura, salvo en la teología. En lo clásico, los pensadores antiguos, que no se entendían en un principio, se comprenden a medias hacia el renacimiento, cuando una nueva aurora tiñe de rosa el Occidente, donde horadan su cielo, como interrogantes, negras cumbres ignotas de nuevas tierras...

La señora de Nash, no está para bromas



La actual señora de Nash, viuda de Vernon Castle, y que desde hace quince años mantiene incólume el título de "la mujer mejor vestida del mundo", se puso de pie hace algunas noches en un restaurante de París, y con su mano cubierta de anillos con perlas y piedras preciosas, arrojó una botella de champagne a otra mujer.

Esa manera tan contundente de expresarse en público, provocó la consiguiente sensación. París está acostumbrado a toda clase de excentricidades, pero ésta no tenía precedentes. Los hombres que frecuentan los lugares nocturnos de diversión se preguntaban qué iba a ser de las mujeres y de ellos mismos, si esa forma de exteriorizar un desagrado se ponía de moda. Hasta entonces los únicos que arrojaban botellas a la cabeza del prójimo en los restaurantes parisienses eran los muchachos farristas argentinos.

De cualquier manera la actitud de la señora de Nash ha merecido la aprobación de muchas personas y la crítica acerba de no pocas. Naturalmente que si se hubiera tratado de una mujer cualquiera ni los diarios de París, ni esta misma revista se hubieran ocupado de este caso.

Como es notorio, cuando el valiente aviador norteamericano Vernon Castle perdió heroicamente la vida en el frente de batalla, su esposa, la actual señora de Nash, que había dejado poco había dejado su profesión de bailarina por la de estrella cinematográfica, ya tenía fama de ser una de las mujeres mejor vestidas del mundo. Y cuando una vez viuda se casó y se divorció de su millonario esposo, el juez que actuó en el proceso la amonestó delante de la corte y la llamó "la mujer más derrochadora del mundo". En efecto: la heroína de esta historia poseía un guardarropa con más trajes, sombreros, medias y botines de los que podría usar en cinco años; y si se tenía en cuenta que de un año para otro la moda cambia y la ropa no sirve, se llegaba a la conclusión de que la señora de Vernon Castle gastaba cientos de miles de francos anuales en objetos o prendas que sólo se ponía una vez; y esto por un par de horas. El juez, al proclamarla derrochadora universal creyó ofenderla y ridiculizarla; pero la acusada, inteligente y hábil, vió en la declaración del juez la oportunidad de popularizarse aun más en Europa y Estados Unidos, y en los reportajes que entonces le hicieron representantes de la prensa de los dos países citados, ella contó fantásticas historias de su guardarropa, de lo que había costado organizarlo y de las cuantiosas sumas de dinero que continuamente gastaba para mantenerlo contra toda competencia.



La excéntrica señora de Nash

Es de suponer que una mujer así no ha podido pasar inadvertida en ningún lugar público en los últimos diez años, de manera que, cuando hace algunas noches hizo su aparición en lo de Mitchell, un pequeño restaurante bohemio de París donde suelen reunirse los miembros más prominentes de las colectividades inglesa y norteamericana, todos los allí presentes dijeron, al verla detenerse a la puerta para que la admiraran: "Aquí tenemos a la señora de Nash". "Miren a la Nash qué vestido magnífico trae esta noche", o esta exclamación, más común en los últimos tres meses: "Aquí está la de Nash con su infaltable marqués de Médici", porque, desde hace algún tiempo, la mujer mejor vestida del mundo se ha exhibido en París, en todas partes y a todas horas, con el nombrado noble italiano. Las malas lenguas aseguran que la ex bailarina se ha enamorado por fin, pero enamorado de una manera increíble, porque él no tiene tanto dinero como para permitir a la señora de Nash comprarse los últimos costosos modelos. De cualquier manera, lo cierto es que esa noche en lo de Mitchell, el marqués y su compañera pidieron, como se acostumbra a esa hora y en ese lugar, jamón y huevos fritos y una botella de champaña helado. A pocas mesas desde donde se habían sen-

tado, una pareja compuesta por un caballero inglés y una dama de la misma nacionalidad, observaban curiosamente al marqués y a la ex bailarina. Ll calculaba, sin duda, las fortunas gastadas por los admiradores en esa mujer que no era, por cierto, una belleza; ella, su compañera, no sabemos en qué pensaría, pero cada vez que sus ojos tropezaban con los del marqués, su linda boca insinuaba una sonrisa. La señora de Nash, que había sorprendido esas miradas y esas sonrisas, trató de exteriorizar su mal humor en un gesto de seriedad. La dama inglesa, cuyo nombre no han podido obtener los diarios, parecía extasiarse viendo el enfado de la compañera del marqués.

Algo había visto la señora de Nash en la forma de mirar de la otra mujer, que le desagradó desde un principio. Porque aun tratándose de una actriz famosa, ella, como las demás mujeres, siente cierto orgullo cuando la admiran sus acompañantes; y el marqués era, para cualquier mujer de raza sajona, un tipo admirable.

Elegante, con una distinción que demostraba un puro linaje, con un par de ojos negros que a la imaginación de una mujer rubia debían hablarle de amores ardientes, de crímenes pasionales y de aventuras de otras épocas; el marqués era, en verdad, de llamar la atención. Pero la dama inglesa, joven, elegante y bonita, resultó demasiado agresiva para la señora de Nash. Cuando bailaba, lo hacía de tal manera que, al pasar rozaba su cuerpo con el del marqués, cuando se sentaba a la mesa, lo hacía mirándolo, y cuando bebía, levantaba hacia él la copa, como brindando por él.

No se sabe si todo hubiera terminado en varias andanadas de fulgurantes miradas lanzadas por los ojos penetrantes de la actriz, pero, convengamos que la dama inglesa fué demasiado lejos en su admiración al marqués cuando, al pasar cerca de éste, que había permanecido sentado, pasó su blanca mano por el renegrido cabello del noble caballero. Entonces comprendió la señora de Nash que no había de parte de esa impertinente desconocida, ni amor ni admiración por su acompañante, sino que se trataba, simplemente, de lo que aquí, en criollo, llamamos vulgar titeo. La actriz inglesa se había propuesto ridiculizar a la actriz, que tan públicamente exhibía su afecto por el marqués. Pero también ésta comprendió adonde pretendía ir esa mujer, e indignada ante tamaña osadía resolvió hacer pública su indignación, y tomando con su ensortijada mano una botella se la arrojó a la cabeza. La señora de Nash demostró tener más puntería para cazar admiradores millonarios que para dar botellazos, y en vez de pegarle en la cabeza le pegó en un tobillo. Hubo gritos, desmayos y la consiguiente confusión. La víctima desapareció aprovechando el desorden. En cuanto a la señora de Nash, ha declarado "que toda mujer agraviada debiera exteriorizar su desaprobación en una forma visible y terminante", declaración que ha sembrado la alarma, como es de suponer, entre los muchos calaveras casados que van a los restaurantes a cenar con sus propias mujeres, pero a flirtear con las ajenas...

Historieta sin palabras









EL DESAGRADECIDO

LAS MENTIRAS DEL DEPORTE

"Los campeonatos internacionales, fuentes de cordialidad"

Por **Miguel A. Tomé**



SIEMPRE que se organiza un torneo deportivo internacional, lo primero que se dice, para hacerle réclame, y para darle importancia, es que "habrá de influir en los vínculos de los países representados", dando a entender que estas competiciones producen acercamientos altamente provechosos para las relaciones internacionales.

Pero, a decir verdad, creemos que eso es un cuento. El deporte, a nuestro entender, influye nada o muy poquito en las relaciones de los países, y menos mal que es así, que si no ocurriera, y si el deporte influyera de veras, esta sería la hora en que habría habido más de una guerra por culpa de los footballers o de los boxeadores...

POR FALTA DE BUENOS PERDEDORES Y POR INCULTURA DEL PÚBLICO LOS TORNEOS TERMINAN MAL, GENERALMENTE

Es clásico en cada campeonato sudamericano o rioplatense de cualquier deporte, el consabido programita de disputas y discordias. Lo mismo en el football que en el boxeo, los deportes más difundidos actualmente, cada certamen internacional trae aparejada su épica jornada de escándalo, a base de botellazos, pedradas, insultos y, a veces, hasta tiros con sus correspondientes muertos.

Nunca falta un detalle que dé margen al incidente. Comienza el público y luego terminan los mismos jugadores, participando activamente en las protestas a mano limpia o... a mano armada, según el caso.

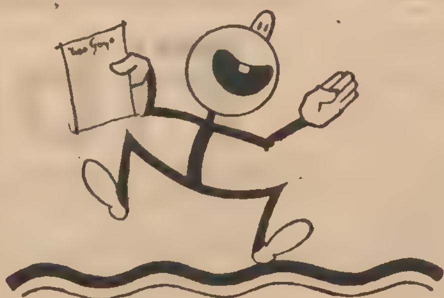
Para dar muestras concretas de lo que decimos, basta recordar los memorables encuentros entre los eternos rivales del football sudamericano: argentinos y uruguayos. Raras son las oportunidades en que las luchas se realizaron tranquilamente. Ahí están a la vista los últimos partidos entre los uruguayos del cuadro olímpico y los argentinos, del año pasado, que dieron lugar a un escándalo tal que hasta se llegó a hablar de una intervención oficial, con entredichos de las cancillerías y demás. En el tumulto producido en Montevideo frente al hotel en que se alojaban los jugadores argentinos, hasta hubo un muerto y varios heridos.

Y todo eso no fué sino la repetición de un hecho habitual en los clásicos partidos de argentinos y uruguayos. En su encono, los aficionados locales han llegado al colmo de organizar manifestaciones hostiles al regreso del equipo visitante, despidiendo a los barcos con verdaderas lluvias de botellas.

EN BOXEO Y ATLETISMO LAS "RELACIONES INTERNACIONALES" NO SON MÁS CORDIALES QUE EN FOOTBALL

El mismo fenómeno se ha repetido en el boxeo, y aun en deportes más cultos, como el atletismo.

En el boxeo no es extraño que, cada vez que al público le ha parecido mal un



fallo, lo que ha ocurrido muy a menudo, se las haya tomado directamente con los jurados, a quienes ha hecho víctimas de sus furias por todas las "vías", desde la de palabra, a las vías de hecho. No hace más de dos semanas, en el último Certamen Sudamericano de Box, los jurados argentinos han sido objeto de agresiones por parte de los aficionados uruguayos.

Y en atletismo, donde existe un nivel mayor de cultura, se ha dado el caso bochornoso del Campeonato Sudamericano pasado, en que el público argentino estuvo tan salvaje, que hasta llegó a escupir y apedrear a los atletas chilenos en el field, dando lugar a escándalos sensacionales que fueron muy comentados.

EN EUROPA LAS COSAS NO ANDAN MEJOR QUE AQUÍ EN MATERIA DE LÍOS DEPORTIVOS INTERNACIONALES

"En todas partes se cuecen habas", y en Europa lo mismo que por aquí, el deporte sólo ha servido, para acentuar rivalidades, y, lejos de influir en las relaciones internacionales, han sido éstas las que han influído en él, como lo demuestra la exclusión, durante la guerra, y aun en la postguerra, de los alemanes y germanófilos en los torneos internacionales europeos en que intervenían los aliados. Esta exclusión llegó a hacerse efectiva aun en certámenes mundiales, como en las Olimpíadas de París, por ejemplo, motivando serias protestas, que no fueron atendidas por los organizadores del torneo.

Por otra parte, aun entre los participantes de las Olimpíadas se produjeron lamentables incidencias, como por ejemplo, entre los italianos y españoles, en football, y entre los franceses y yanquis en rugby; incidentes en los que el público francés tuvo parte muy activa. A raíz de esos conflictos se llegó a meditar hasta en una posible suspensión de las Olimpíadas internacionales.

(Continúa en la pág. 80)

El anónimo

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 5)

Marilena empezó a arrepentirse de haberse precipitado. Adivinaba en Ledesma un hombre bueno. Y procuró salir del paso.

—Usted sabe que yo siempre lo he apreciado..., que lo he querido, que he confiado en sus palabras, en su cariño...

—Pero no tuvo inconvenientes en enrostrarme que tuviera un hijo de otra mujer.

—Estaba mi orgullo.

—También estaba mi amor.

—Pero usted no me dijo nunca ni una palabra de este asunto.

—Porque necesité convencerme primero de su cariño.

—Usted lo sabe... Y quiero darle una prueba de mi sinceridad.

—¿Casándose conmigo?

—Sí.

—¿A pesar de mi hijo?

—A pesar de la "otra".

—¿De veras?

—De veras.

Y se oprimieron en un abrazo de verdaderos enamorados. Al fin y al cabo, ella también podía ser buena queriendo a aquella criatura, fruto del amor de un instante.

Cuando se hubieron librado del abrazo que los ligó un momento, Ledesma dijo:

—Querida, nunca hubiera creído que fueras capaz de sacrificarte tan generosamente por mí. Al hacerlo has labrado toda mi felicidad.

—Es justo que me lo agradezcas.

—Lo comprendo.

—Ese niño necesitaba esta reparación. ¡Quién sabe lo que tendría que sufrir el pobrecito si no le hubiera tocado una madrecita que, a través de tu cariño, lo quisiera como yo lo voy a querer!

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Dímela.

—¡Mi hijo no existe! El anónimo lo escribí yo para convencerme si, realmente eras capaz de sacrificarte por mí. Lo he comprobado, y no me queda más que procurar hacerte feliz, aun a riesgo de mi propia vida.

Humorismo ajeno



CADA CUAL A SU OFICIO

La esposa. — Pero, Ricardo, has dejado que se apague el fuego.
El marido. — Recuerda que te has casado con un escritor, y no con un foguista.



— La llamé, María, para decirle que la próxima vez que la vea a usted conversando en voz baja con mi esposo, uno de los dos tendrá que marcharse de aquí.



El escritor. — ¿Tardarás mucho tiempo todavía para estar lista?
La esposa. — No; sólo necesito ponerme el sombrero y los guantes.
El escritor. — Bueno, entonces tengo tiempo para escribir otro capítulo.



CON UNA CONDICIÓN

— Siempre admiro el corte de tus trajes. ¿Tendrías inconveniente en darme la dirección de tu sastre?
— De ninguna manera, si me prometes no darle la mía...



MALA PERSPECTIVA

La sirvienta (al joven que viene a pedir la mano de la niña de la casa). — El señor va a bajar en seguida; se está poniendo las botas...



EL VIAJERO BORRACHO

El guarda. — ¿Cómo es eso, señor? Este boleto es para Santa Catalina, y el tren va a San Juan.
El pasajero. — ¿Para qué está perdiendo el tiempo en discutir conmigo? ¡Vaya a decírselo rápido al maquinista, hombre!



COSAS DE LA MUDANZA

La señora de la casa. — Esa bolsa de vidrios viejos no es nuestra.
El peón de mudanza. — Sí, señora; son los espejos de la sala y del comedor.



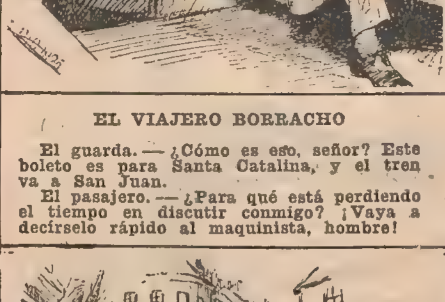
LO PRIMERO ES LO PRIMERO

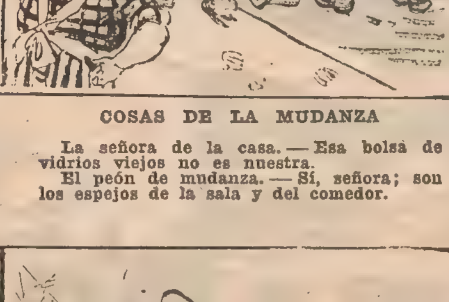
El capitán de los bomberos del pueblo. — Medio litro de cerveza a cada uno, señora, pero rápido, porque vamos a extinguir un incendio.

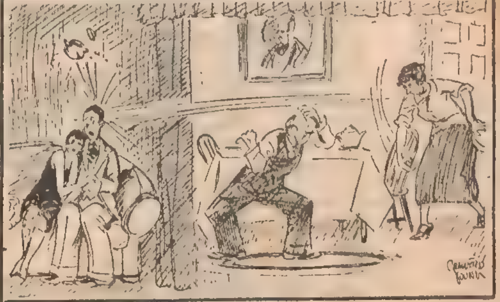


DULCE IGNORANCIA

La dueña de una pensión de campo (trayendo la camiseta calada del veraneante). Vea, señor, por esta vez se la he compuesto, pero tenía tantos agujeros, que estuve toda la tarde para arreglarla.







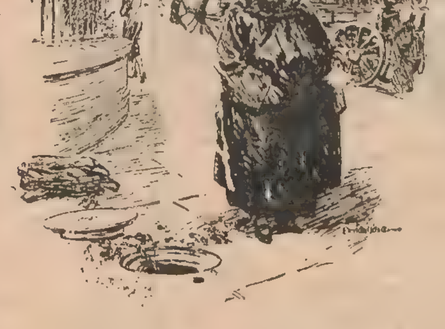
REYERTAS CONYUGALES

El padre. — ¡Mira lo que has hecho, infeliz! ¡Le has estrellado la azucarera en la cabeza al novio de Isabel, en el preciso momento en que se le iba a declarar!



EL VIRIL DEPORTE

El jugador de rugby. — ¿Para qué va a tocar el pito?
El réferee. — ¡Para llamar a la policía!



EXAGERACIÓN

— ¡Qué descuido dejar eso abierto! ¡Casi me caigo en el agujero!



El chico. — Ya le he dicho, señor, que no quiero vender el pescado.
— Entonces permítame que le tome la medida, para poder decirle a mi esposa cómo era el que se me escapó.



El cura del pueblo. — Nos faltan aún mil pesos para poder comenzar la construcción del templo. He tratado de conseguirlos por todos los medios honrados posibles, pero sin resultado, y es por eso que ahora propongo que se haga una rifa...

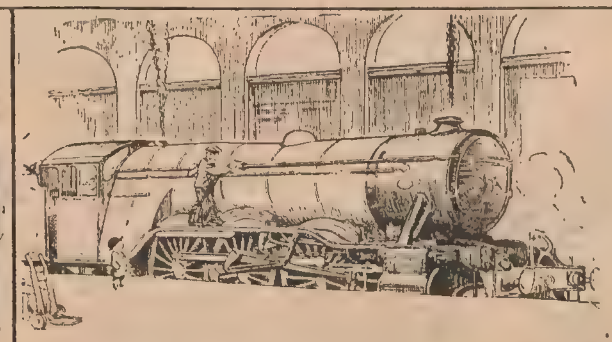


— En este restaurante había antes flores naturales sobre la mesa, y ahora son artificiales...
— Sí, señorita, hubo que dejar de poner naturales, porque aquí vienen muchos vegetarianos.



LO ÚNICO IMPORTANTE

La señora, que de repente se ha transformado en dueña de una serie de caballos de carrera (al entrenador). — ¿Está usted seguro que esas camisetas que usan mis jockeys no destiñen al ser lavadas?



OFICIO NO DESEABLE

El maquinista. — ¿Te gustaría ser maquinista cuando seas grande?
El chico. — No; bastante tengo con limpiar los bronces de las canillas del cuarto de baño.



El recién casado. — Si yo hubiera sabido que ese túnel era tan largo, hubiera aprovechado la ocasión para darte un beso...
Ella. — ¿Cómo? ¿No eras tú?...

Caricaturas de "Punch", "The Passing Show", "London Opinion", "The Humorist", "Judge", "Life" y "Buen Humor".

Corrida de toros

(De "Tierras Nobles", viajes por España y Portugal, últimamente aparecido)

Por · **Arturo Capdevila**

NO iré a ninguna corrida de toros; prometí.

—Hace usted muy bien, pues como vaya usted a una volverá a todas — me pronosticaron.

Y me quedé en lo dicho.

Pero estando en Madrid, en la flor de la temporada taurina, y supuesto que los buenos y gentiles amigos nos instan y obligan, ¿cómo no ir? Concluimos por acceder, y a las cuatro y media puntuales de una tarde calurosa de domingo, echamos como todos por la calle de Alcalá, en dirección a la plaza.

Vamos encontrando en el trayecto la pintoresca farándula de la corrida: picadores y monos sabios (que es como llaman a los ayudantes de aquéllos), montados en flacos jamelgos; toreros garridos, ya no en calesa como el de la canción, sino en magníficos automóviles, que mejores no tiene el rey. No faltan en los carruajes algún mantón de Manila, ni tal cual enorme sombrero cordobés. Brilla de fiesta la calle de Alcalá, desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Cibeles; desde la plaza de Cibeles hasta el Arco de Triunfo; desde el Arco de Triunfo hasta el límite del páramo. Uno en pos de otro, pasan los repletos ómnibus. Un coro de bocinas de automóviles, de autobuses, de motocicletas trae confuso al aire. Van que derraman gente los tranvías. Da grandes tajos de pronto la luz violenta de la siesta, y revienta a cada instante el estridor de cien ruidos y voces. Entretanto, según se va llegando a la Plaza, chillan las vendedoras y roncan los mercachifles inacabables ofertas, corriente arriba en medio de la abigarrada procesión de las aceras.

¿Y esta inmensa, parda y redonda mole arquitectónica en el amarillo descampado? ¡El Circo de Toros! Una particular emoción se adueña luego de nosotros. No podemos olvidar que vamos a asistir a un combate, cuyo final no será otro que una muerte injusta. Hay, además, una antinomia que se nos ha fijado, áspera, en el pensamiento, para trastorno de cuanto consideremos: esta es una fiesta trágica. Ha de producirse dolor y ha de verterse sangre, y será regocijo de turbas. Duelo alegre..., fiesta lúgubre... Algo que no acertamos a entender.

De todas maneras, otra emoción se nos mezcla a la del impreciso malestar. Frente a los altos y redondos muros sentimos la presencia de la antigüedad. Entramos. Desde nuestro asiento de sombra con que la pericia del amigo taurófilo nos ha favorecido, vemos el Circo; el Circo histórico. Tendidos, gradas y palcos están repletos. Comprendemos que al pasar el portal hemos retrocedido siglos. Fuera, quedó *la vida como sentimiento*, que es nuestra vida moderna. Aquí no hay más que *la vida como espectáculo*, que fué la vida de los antiguos. Al malestar se añade, con sobradas razones, la inquietud.

II

LLEGA la hora. El redondel, por donde circulaba un público impaciente y entrometido, se queda muy pronto limpio y desierto. Hay, concéntrico, un ancho círculo de sangre, de pasadas corridas, color de polvo de ladrillo. Llega la hora, y se posa vacía y sedienta sobre el ruedo, como ella sediento y vacío. Nada. Nadie... Plaza y cielo.

El escenario está listo y va a comenzar el drama. Drama, no; el espectáculo. El drama habla a la inteligencia y al corazón; el mero espectáculo se dirige solamente a los ojos. Este espectáculo empero alcanza valor de drama, apenas se comprende el conflicto que presupone el Pasado invadiendo el Presente. Así lo hemos interpretado. Por eso no dijimos Plaza de Toros, sino Circo; y aun nos sentimos dispuestos a decir claramente Taurilias y Circo Romano.

El puro espectáculo suele carecer de lógica. Véase, por ejemplo, cómo el Pasado, aquí, nos muestra, sin mayor motivo, otra de sus caras, pasándonos, brusco, de lo romano a lo medieval. Por el ruedo imponente dan la vuelta a caballo, dos veces anacrónicos, alguaciles vestidos de negro, en cumplimiento de doble formalidad ficticia: el despejo del picadero, donde ya no hay un alma, y la entrega de las llaves del toril, que de seguro está abierto.

Y sale la cuadrilla, al compás de la resuelta marcha, en tanto que atruena los aires el aplauso de la muchedumbre. Lleva razón. Vistosos y gallardos son los toreros, "vestidos de luces"; apuestos los banderilleros; interesantes, en sus rocines, los picadores de aludo castoreño y burdas espinilleras; cosa de ver, los caballos blancos de los rejoneadores, caracoleando adelante; corceles de tan linda estampa, que pintados parecen.

Rejoneadores son los que deben iniciar la corrida. Pero antes del rejoneo (crueldad que consiste en dejarle clavada al animal en la nuca, la moharra o rejón de la lanza), los jinetes saludan al palco de las autoridades, la montera en la mano. Saludan ellos (portugueses tan cumplidos) y saludan los caballos, que van retrocediendo, elegantísimos, con el cuello recogido y las patas elásticas, entre filigranas de cortesía y de danza. Resuena ensordecedora aclamación, festejando el donaire.

III

AHORA, silencio. El toro está ahí. ¿Qué cosa? El Toro. De nuevo nos domina la sombra de la Antigüedad; esta vez una más remota: aquella Antigüedad sabeísta de los comienzos del sabeísmo, de cuando el signo de Taurus hubo de dar la clave de la religión y del año. Parecería que fuéramos a presenciar una solemnidad heliosística.

Recio, hermoso, negra la piel, encarnado el ojo, valiente desde los cuernos soberanos hasta la hendida uña que escarba el suelo, entró el toro en el ruedo, y se ha plantado a mirar sin comprender. El lomo se le estremece un poco de vago dolor: que ya trae clavada una banderilla con la divisa de su ganadería. Pero mira, y no embiste.

Los rejoneadores se le aproximan, montados a perfección, y le dan vueltas, y le amagan alancearlo, y de todas maneras le acosan y hostigan. La bestia preferiría rumiar el salitroso pasto de que se nutre, pero abrumado, ataca. Ha empezado la lidia. Corre en pos de los caballos el toro; y el uno al otro, los jinetes se lo van quitando y así se libran. Así se libran, y en el instante mismo en que el cuerno iba a alcanzar la grupa del bridón, la lanza del rejoneador, que hiere vuelto hacia atrás, se hunde en el morrillo del toro y le deja la moharra.

La primera burla ha sido consumada, y la muchedumbre aplaude, ufana. Los rejoneadores recorren la pista, gloriosos, al trote bailarín de las cabalgaduras.

Pero ved otro toro y considerad otra suerte. Los picadores, que montan unas infelices jacas, entran a lidiar alanceando. Con ciega furia, el toro, herido, se revuelve y acomete. El picador debe aguantar de firme. Pero, ¡qué ímpetu el de su acometedor! Pierde la silla el hombre de la garrocha y tambalea el caballo, abierto el vientre, con toda la bolsa intestinal colgada en masa horrible. Que se asome Moloch a mirar. La sangre del caballo y la del toro se mezclan en la arena bajo la misma obscura maldición.

Pasó esto. Extienden unas lonas sobre los caballos muertos, y reaparece el torero: el chulo de la muleta y de la capa, el vanidoso matador. La última burla se consuma y el toro balancea la cabeza, y nublados de muerte los ojos, dobla al fin la rodilla y rueda y cae.

IV

TORO recio, toro lustroso, toro magnífico, toro que sabes reconocer y agradecer al que te cuida, te llamaron a combatir, y esto no fué siquiera combate, sino trampa y ardid. No hallaste ni una vez quien te hiciera frente. Ya cogías merecidamente a tu enemigo cuando su cómplice te echó la capa y te desvió. Te burlaron. Se rieron de todas

(Continúa en la pág. 30)

Cómo se caza fácilmente un peludo

Por **Natalio Scunio Ferreyra**



...repuesto de la emoción desagradable que sufrió, notó que el vecino también llevaba un animalito parecido al peludo

Don Martín, hombre cuarentón, de faz lívida, algo quemada por los vientos de la Pampa; oriundo de una aldeíta de las regiones vascongadas, hacía varios años que habitaba este suelo.

Era supersticioso. Creía en cuentos de brujas, viudas, duendes, lobizones, espíritus malos y en todas esas malhadadas creencias del tiempo de ñaupa.

Un día se le ocurrió ir a la caza de peludos (quirquinchos), cacería por la cual tenía especial predilección, y anunció a sus vecinos la ocurrencia.

Era ya entrada la noche y muy obscura cuando emprendió don Martín el camino en dirección al lugar donde se encontraban las cuevas de los susodichos animalitos.

La caza le resultó mezquina; a pesar de haber permanecido en acecho más de dos horas y poseer buenos perros, sólo pudo cazar un peludo.

De regreso, al llegar a una hondonada, donde había algunos árboles de exuberante frondosidad, y donde reinaba un silencio sepulcral — camino obligado para regresar, — a don Martín se le pobló la imaginación de negras visiones; tal vez por la lobreguez de la noche y porque su ánimo era predispuesto para tales pensamientos, la superstición obró más recio en su mente cuando una luz solitaria, como la que él había oído referir y llamar "luz mala", por primera vez se presentaba a su vista. Paróse, atónito, contemplando la lucecita con los ojos desmesuradamente abiertos... Empezó a retroceder, y la luz seguíale obstinadamente. Dió un traspié, cayendo en un tacural (nido de hormigas). La luz avanzó un poco más hacia él. En el colmo de la desesperación, sin atinar qué hacer, don Martín, con el peludo en la diestra, asido de la cola, no atinó más que a levantarse. Ofreció su presa a la luz mala, articulando:

— ¿Quieres el peludo?

— Sí, lo quiero — contestóle una voz, que le pareció de ultratumba.

Y alargando don Martín la mano, la cola del peludo fué deslizándose suavemente. Al mismo tiempo que era despojado de su presa don Martín, desapareció la luz, dejándole en la mayor incertidumbre... Comenzó a recobrar la serenidad perdida, escudriñó el horizonte largos minutos, y aguzando la vista, descubrió la silueta de un hombre, que, no obstante la obscuridad de la noche, le pareció ser un vecino, a quien siguió hasta hallarse a unos veinte pasos de distancia, y, reconociéndole, le dirigió la palabra. Segundos después le refería la aventura de que había sido víctima, con la gravedad que el acontecimiento merecía.

Y siguiendo en amena plática, repuesto de la emoción desagradable que sufrió, notó que el vecino también llevaba un animalito parecido al peludo. Preguntóle con curiosidad:

— ¿Y éste?

— Éste lo cacé hace un momento — le respondió el vecino.

— ¿Y cómo?

— Con esta linterna.

Y mostrando el pequeño aparato, oprimió el botón, que hizo ver nuevamente a don Martín "la luz mala"...

Corrida de toros

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 28)

maneras de ti. Tomaron para diversión tu dolor y tu agonía. ¿Qué les habías hecho? Tú eras la Inocencia Fuerte y la Fuerza Inocente, dos rarezas que los hombres maldicen. Todos estamos manchados. El mundo no quiere nada parecido a la Inocencia, ni débil ni fuerte; quiere la Maldad astuta. Quiere el torero. Quiere la complicidad. Quiere cuatro capas a la vez.

¡Pobre toro!... ¡Inocencia Fuerte!... Ahí te llaman de nuevo. Se creería que para coronarte de rosas los cuernos soberbios. ¡No es para eso! Es para clavarte banderillas. Anda, que te las claven y que te maten luego y que te arrastren mulas, y que caiga tu sangre sobre Roma y también sobre Babilonia: mitad y mitad. Espera... Ya semejas un zarzal de banderillas. Ahora ese tío vestido de luces, de chaquetilla y de calzón, que se está ahí, roja la capa, te atravesará con su espada — que quién sabe se cruzaría con otra, — y si lo hace bien, saldrá sacado en hombros y por la puerta grande, en medio de escandaloso aplauso...

No soy nadie, nadie soy, y tanto mal como cualquiera hice de seguro en el mundo; pero esta monotonía de la crueldad, esta seis veces reiterada maldición del toro (rey de la Pampa en mi tierra) y del caballo (el grande amigo del gaucho); este espectáculo de Circo Romano, parte bajo el César de una política envilecedora, nos obliga a salir repugnados, sin aguardar el fin.

Desquite: Frente por frente de la Plaza, desde hace años, vive el cultísimo escritor José Francés, que nunca asiste a los toros. Como él, hay millares y millares de españoles.

Desquite — digo con ellos, — ¡vieja Roma del Circo! En la Argentina, esto, no; en nuestra Argentina, no. ¡Ni ahora, ni nunca jamás!

"Los campeonatos internacionales, fuentes de cordialidad"

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 26)

HASTA EL "HISPANOAMERICANISMO" FRACASA EN EL DEPORTE

Para dar una idea del ambiente de discordia en que se desarrollan las actividades deportivas internacionales, merecen recordarse las jiras realizadas por los teams de football argentinos y uruguayos por Europa. Más que los primeros triunfos del Boca Juniors en España, todo el mundo recuerda aquellas otras jornadas de Vigo en que casi les pegan... y también aquel partido en La Coruña, en que a los uruguayos casi los sacan del field en ambulancia...

La suerte es que estas jiras no se repiten a menudo, que si no ya sería cosa de irse preocupando por sus estadísticas de mortalidad.

EL PERIODISMO, LO MISMO QUE EL PÚBLICO, TIENE SERIA PARTICIPACIÓN EN LAS "CONTIENDAS" DEPORTIVAS INTERNACIONALES

Aparte de las consecuencias de orden "contundente", que suelen traer estos torneos deportivos entre país y país, es interesante observar las consecuencias morales, reflejadas en los comentarios de la prensa de los países en disputa.

Hay que ver cómo los han puesto a los jugadores argentinos y a nuestro football en general; los diarios y revistas de España con motivo del lío de Boca Juniors. De la misma manera que resulta muy divertido leer los denuestos que recíprocamente se brindan los de ambas márgenes del Plata en ocasión de sus pintorescas grescas footballísticas o boxeriles, con la diferencia de que, generalmente, esos denuestos no se los cambian directamente, sino que los dirigen a un tercero: al público.

HACE FALTA MÁS CULTURA EN EL PÚBLICO Y EN LOS DEPORTISTAS, PARA QUE LOS TORNEOS SE DESARROLLEN EN FORMA CORRECTA

La causa esencial de los incidentes deportivos es, casi siempre, la falta de cultura del público que, apasionado por sus favoritos, no pone límites a sus manifestaciones, llegando a la grosería de la oposición hostil a los adversarios, sobre todo cuando a éstos les corresponde la mejor parte en las pruebas.

Educación, mucha educación, es lo que hace falta todavía para que los certámenes del deporte lleguen a ser una noble lucha en que la emulación noble y caballeresca supere a la imposición de intereses de mezquinos localismos, que en el deporte, como en el arte, es también un ideal de la supresión de las fronteras.

Por qué las actrices nunca envejecen

(Del "Theatrical World")

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!". Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar cera pura mercolizada en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de arrugas y otras fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden a aprovechar esta lección?

Figuras del teatro nacional



LA ACTRIZ CARMEN LEMUS ha tenido la originalidad de retratarse, como una flor exótica, en uno de los jarrones que adornan la explanada de Mar del Plata

FOTO BIXIO Y CÍA.

¿QUIERE VD. UNA ALHAJA GRATIS?

COMPRE HOY MISMO
UNA CAJA DE

POLVO GRASOSO "FIORE MIO"



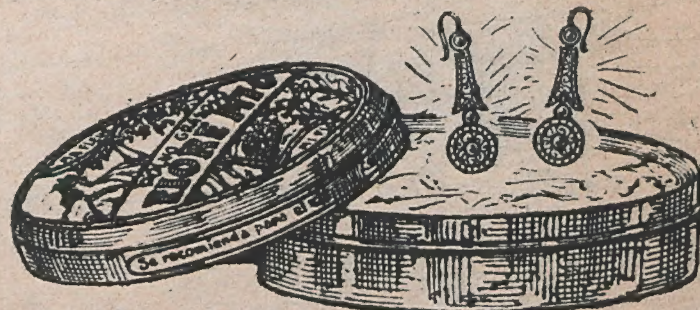
DENTRO ENCONTRARÁ CON TODA SEGURIDAD UNA ARTÍSTICA Y ELEGANTE ALHAJA, LA ÚLTIMA CREACIÓN DE LA MODA Y EL BUEN GUSTO.

AROS, ANILLOS, COLLARES,
PULSERAS, PENDANTIFS, ETC., ETC.

IGUALES A LAS QUE SE VENDEN EN LAS GRANDES JOYERÍAS.
POR SU CALIDAD INSUPERABLE QUE LO DISTINGUE DE SUS MUCHOS SIMILARES, POR SU FINA ADHERENCIA, SU PERFUME SUAVE Y PERSISTENTE, Y, EN UNA PALABRA, POR SU EXCELENTE CONJUNTO QUE CONTRIBUYE A EMBELLECER EL CUTIS Y ESCOTE DE LA DAMA MÁS EXIGENTE Y DE GUSTO REFINADO SIN PERJUDICARLOS, EL PÚBLICO FEMENINO LO HA CONSAGRADO

EL REY DE LOS POLVOS DE TOCADOR

ALGUNOS FABRICANTES, ASOMBRADOS POR EL GRAN ÉXITO Y ACEPTACIÓN DEL POLVO GRASOSO **"FIORE MIO"** Y EN LA IMPOSIBILIDAD ABSOLUTA DE PODERLO IMITAR, **HAN COPIADO SU PROPAGANDA**, Y ÉSTE ES UN PROCEDER SIN RESULTADOS PRÁCTICOS, POR CUANTO NI LA CALIDAD DEL POLVO GRASOSO **"FIORE MIO"** PODRÁ SER IMITADA NI LAS BONITAS ALHAJAS QUE SE ENCUENTRAN EN TODAS LAS CAJAS PODRÁN SER IGUALADAS.



PIDASE SIEMPRE POLVO GRASOSO **"FIORE MIO"**
A **2** PESOS LA CAJA.

FEMINOL

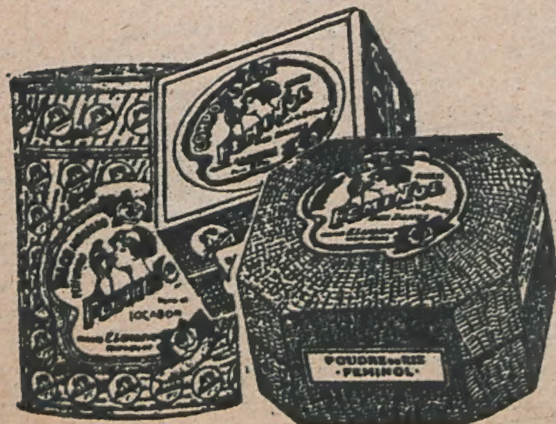
Los Polvos "FEMINOL" son de calidad y perfumes superfinos, la verdadera fragancia de las flores.
Son adherentes, refrescantes e inofensivos.

POLVOS, CREMA y TALCO - **Lo usan y recomiendan las más celebradas artistas del mundo**

La Crema "FEMINOL" contribuye al embellecimiento e higiene del cutis sin ultrajarlo. Evita y cura las **paspaduras, manchas de sol, paños, pecas, barritos,** y todas las imperfecciones del cutis, manteniéndolo fresco y lozano en todas las estaciones del año.

Los Polvos en colores Blanco, Rosado y Rachel.

De venta en Farmacias, Tiendas y Perfumerías.





"FEMINOL" es maravilloso para el embellecimiento del cutis."
(Firmado)
MARIA PALOU.



"El "FEMINOL" es un precioso producto para mantener el cutis suave. Su perfume es suave."
(Firmado)
CAMILA QUIROGA.



"Usar el "FEMINOL" es adoptarlo para siempre, tales son sus inmejorables cualidades para el cutis."
(Firmado)
NORKA BOUSKAYA.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.